

DIARIO PREVIO DE UN ASESINO CONFESO

UNO

He comprado un cuaderno grande de pastas duras y negras. Concretamente un STATUS 5 EUROPEAN, NOTE BOOK, según reza en la portada del mismo. Pretendo escribir en él con cierta asiduidad... digamos, que a modo de diario. Este asunto de escribir es algo que me tiene a mal traer hace algún tiempo; porque, lo mío, siempre, siempre fue leer... o mirar, o tocar, incluso participar cuando se terció, en lo que fuere; pero, escribir, lo que se dice escribir, me viene de hace poco. Y ahora, este asunto, se ha convertido en un problema. Porque, claro, yo quiero escribir cosas, si no importantes al menos que estén bien escritas; y eso no es fácil, nada fácil. La prueba palmaria de lo que digo está en que, este cuaderno que hoy estreno, el STATUS 5 EUROPEAN, no sé exactamente qué número hace en lo relativo a intentos fallidos por decir algo por escrito: por transmitir. Escribir sin transmitir, verdad, para qué. Cuando alguien me pregunta qué hago, a mí me gustaría contestar: Soy escritor. Eso queda ¡vamos! No creo que haya otra profesión que me atraiga más que esta, ESCRITOR. Así, con mayúsculas.

Los escritores son una raza aparte dentro de nuestra raza, permítaseme la reiteración. Una suerte de anacoretas que se sientan en sus bohíos y al cabo del tiempo salen de él con una obra maestra bajo el brazo. Y eso tiene un meritazo... Además, se pueden permitir el lujo de mirarte por encima del hombro. No crean, un escritor no es cualquier cosa. Es una persona que se devana la sesera de forma compulsiva llegando incluso a la locura, en los más de los casos. Lo que no les impide -no acierto cómo- seguir escribiendo obras maestras.

Miran para un lugar que ustedes llevan observando toda la vida, y zás, descubren algo que siempre estuvo allí y nadie vio; puede, incluso, que a pesar del hallazgo, nadie vea en el futuro la tal cosa. Pero, ahí está el escritor de casta, anclado a la imaginación como una barca fondeada en una caleta, mostrando una ficción que crea o recrea la realidad para explicarla.

Esta actitud de los que se denominan escritores no vaya a pensar que es casual. Ellos viven así todas las horas de todos los días de todos los años de su vida. Y sólo por una cosa, lo que los hace aún más enigmáticos, para crear una obra. Su obra.

Una obra es lo más grande. Algo así como Dios.

Y Dios es lo más grande, para entendernos. Dios es más grande que el universo, que ya es decir. Eso tampoco es discutible. Sin Dios no habría universo ni escritores ni obras.

De donde se deduce que para escribir en el nuevo NOTE BOOK que me he comprado, debo desembarazarme de forma inevitable de mi catadura visualmente carnal y jugar a ser Dios, a ver qué pasa.

DOS

Habiendo tomado la decisión de ser escritor, cuando he llegado a casa y la he compartido con mi compañera, la persona con la que he convivido treinta años y tenido tres maravillosos hijos -que ya volaron a nidos propios-, el asunto ha resultado imposible de transmitir, de comunicar. Así que, mal empezamos. Al final le he dicho, mira Paula, seré escritor o no seré nada.

Ella me ha recordado y puede que con razón que siempre he sido nada. Ni hasta ahora ni en lo que te reste de vida serás algo excepto un grandísimo desgraciado. Luego de mirarme con lástima ha rematado la discusión de la siguiente forma: “Coge tu nuevo NOTE BOOK, deja las llaves de la casa y del coche en el jarrón de la entrada, y lárgate con tus sueños allá donde te parezca”. Después, ha continuado comiéndose un revuelto de calabacines como si tal cosa.

Herido en mi amor propio, he inspeccionado lo que otrora fuera nuestro reino, he metido en el bolso de mano algunos pilots de punta fina, el tabaco picado, los papelillos, el mechero... y le he dado un beso en la cabeza a Paula, que ya andaba por los postres comiéndose una papaya con una cucharilla.

He encendido un cigarrillo en la puerta de casa, he mirado a ambos lados mientras daba una fuerte calada al pitillo, y he girado el cuerpo noventa grados y comenzado a caminar por la acera sin mirar atrás. La luz que me espera guiará mis pasos adónde deba ser. Nada me detendrá ahora. Ni recuerdos ni lágrimas, ni risas ni ilusiones compartidas, ni absurdos patrimonios ni mojigatería alguna. Nada.

Leve es mi carga por tanto, mientras camino ya, decidido, por la senda de lo mío, que es todo.

El sol crea alrededor del cuerpo una sombra libre que me acompaña, y se refleja juguetona en un suelo inédito que voy escribiendo a cada paso. Atrás quedaron mis hijos, Paula, mis libros y mis inacabadas vidas anteriores, de las que huyo en cada tranco, en cada zancada larga y poderosa.

Sólo una cosa llevo asida a mi mente: seré escritor.

TRES

Me he dado una vuelta, casi con nostalgia, por el centro comercial, este lugar donde vine miles de veces para avituallar la casa con los recados que Paula dejaba pegados en la puerta del frigorífico: “Compra pan, cervezas, huevos, servilletas, lechugas y algo de fruta”, o cosas por el estilo.

Nuestros horarios de trabajo al igual que nuestras anodinas vidas estuvieron siempre desencajados. Era, por tanto, imposible, que la rueda... el engranaje formado de anhelos que vino a constituirnos en otra época en una misma cosa, en una empresa común, volviera jamás a unificarse. Vivíamos en órbitas diferentes, caminábamos hacia estaciones terminales que no estaban en la misma línea férrea, por lo que es absurdo pensar que podríamos viajar en un mismo tren, o, en última instancia, en el mismo vagón. Uno, u otro, o ambos, estábamos llamados a hacer un trasbordo en algún lugar, en algún tiempo, para seguir al destino de forma solitaria. Porque el destino no puede compartirse. Nunca.

Ayer me despedí del trabajo. Le dije al jefe que estaba harto de simular, de no ser yo. Que a partir de ahora dedicaría mi tiempo a buscarme. Javier, mi jefe, a quien llevo asesorando en diversas materias casi una década, soltó una carcajada espontánea y contestó: “Siempre dije que estabas loco de remate.” Esta sinceridad mostrada por Javier al tacharme de loco, unida a la de Paula cuando me llamó desgraciado, me hizo pensar que estaba en el buen camino.

Finiquitamos las cuestiones económicas pendientes entre ambos de forma rápida y cordial y luego nos hinchamos de cerveza y de bourbon.

Hoy, ahora, cuando me alejo del centro comercial, sin más carga que el peso de la bolsa de cuero que compré en una marroquinería de Granada y que a Paula no le gustó nada de nada, asentada sobre el hombro, enderezo los pies hacia la salida del núcleo residencial, de este lugar de posición media alta –vaya gilipollez-, de economías, dicen, saneadas, donde viven personas que hacen deporte con ropas de marca, que viajan en coches de marca, que toman bebidas de marca y que se tiran pedos que de seguro llevan una marca: la de la idiotez, la de la insulsez del ser humano.

En la parada de autobuses, me siento, rodeado de jóvenes que van de marcha a la playa o a las discos de verano que serpentean por la costa. Ni siquiera se fijan en mí, esto es otra buena señal: soy un cero a la izquierda o algo peor que eso. Lo que me agrada infinitamente.

La juventud habla a voces, con el ímpetu incontrolable de quienes acaban de comenzar el sendero. Buscan lo desconocido, lo prohibido. Lo necesario para andar la vida en definitiva -según el criterio expandido a fuerza de siglos- y que luego el tiempo demuestra que no es otra cosa que una gran fábula a la que estamos amarrados y que el proceso de aculturación nos hizo tragar por cojones.

Llega un autobús y después de frenar en seco, abre las fauces asperjando su para mí olvidada halitosis y tomo asiento. No sé qué recorrido hace, pero no importa. Ya estoy en camino.

CUATRO

En el autobús me he sentado junto a una chica morena de ojos grandes y almendrados. Me ha engatusado su evasiva mirada cuando la camioneta se puso en marcha y he comenzado sin remedio a dar tropezones por el pasillo. Por eso la he elegido como compañera de viaje.

Al principio se ha enrocado y no me ha prestado atención alguna, incluso diría que intentó ignorarme, como si no estuviera, como si yo no sintiera el calor de su pierna pegada a la mía -soy zanquilargo y estos habitáculos no están hechos a mi medida-. Esa falta de curiosidad aparente en las personas siempre me ha resultado atrayente, me ha fascinado. Significa que no se ajustan a los absurdos cauces que marca la sociedad con el apelativo de urbanidad. La mal llamada urbanidad las más de las veces es un coñazo tremendo. Presupone que tienes que estar escuchando con atención a quienes no quieres oír... saludando a quien no deseas hacerlo o no decir un taco cuando te apetezca porque está mal visto. A la mierda la urbanidad.

Con Mabel he comenzado a hablar no sé cuándo, pero ella se ha reído mucho cuando inquirió hacia adónde iba y yo le he contestado que no sé, que a ningún lado. Que hace mucho tiempo que me da igual ir a un sitio que a otro.

Después de mirar fijamente a mis ojos de forma que casi me hipnotiza, ha enseñado unos dientes blancos sujetos a rosadas encías que lleva escondidos bajo la comisura de los labios, que, ahora, abiertos en una sonrisa de aceptación, me auguran un viaje agradable.

Luego de un silencio cómplice, Mabel ha dicho: "Comer faisán todos los días cansa".

He mirado su pizpireta cara y he contestado: "Es posible".

-“No –me corrijo-, posible no, es seguro”.

-“Soy peruana –dijo más tarde- y vivo en Sevilla”.

-“Ajaaa” –le he respondido.

-“Trabajo en la cocina de un restaurante” –continúa.

La ojeo con atención y le digo: “Te invito a cenar cuando lleguemos a Sevilla”.

Ella se ríe abiertamente y dice:

-“¿Pero tú, no es que no sabías adónde ibas?”

-“¡Sí, es verdad! –contesto-. Por eso me puedo quedar en el lugar que me apetezca. Es una de las muchas ventajas de estar perdido, que lo mismo da un sitio que otro, no cambia tu situación”.

-¿Qué te parece? –insisto al rato.

Mabel me observa con detenimiento, sonrío, y responde “¡que bueno, que vale!”. Pero, acerando las pupilas, deja claro lo siguiente:

“¡Sin compromiso alguno, eh, sin compromiso!”

-“¡Sin compromiso, Mabel!” –digo, mientras levanto la palma de la mano derecha como si estuviera jurando la presidencia de los EEUU en la puerta de la Casa Blanca.

Me gusta como huele Mabel y me atrae el abismo insondable existente entre sus senos. ¡Me da vértigo Mabel! ¿Vértigo?

CINCO

Luego de cenar en una abacería de la calle Alfaqueque y de haber despachado una botella de vino y algunos orujos mientras conversábamos sobre cosas banales y no teniendo ojos más que para nosotros mismos, salimos del colmado camino de la casa de Mabel, amarrados por el talle y con una lluvia de estrellas en las pupilas, presagio de deseos que están a punto de culminarse y uno no puede saber cómo ni de qué forma se desarrollarán, pero el destino inmediato casi se palpa, se huele, se tiene asido entre las manos y nadie ni nada podrá cambiarlo.

El sexo de Mabel sabe a frutas tropicales... a ambrosías desconocidas, y su cuerpo se mueve al son que marca algún arcano ritmo hasta ahora desconocido para mí pero que me sumerge en un baile que reconozco porque ya estaba en mi interior: la búsqueda del contrario, del complemento necesario para dejar de ser uno y convertirse en todo.

La plenitud del círculo, eso es un orgasmo compartido, lo demás son arbitrariedades y sucedáneos.

Su acento indiano pone edulcorantes palabras en mis oídos, atento como estoy a cuanto su boca o su cuerpo piden, almibarando este solaz y grato instante que estamos absorbiendo por los millones de poros que en nosotros habitan.

-“Espacio amorcito, espacio”- dice, mientras me sumerjo en su interior como si lo hiciera dentro de un mango tierno o en la papaya que Paula se estaba comiendo cuando me despedí de ella.

Mabel vive en un piso de Triana con dos compañeras más a las que escucho cuchichear mientras ven la televisión en la habitación anexa a la nuestra.

-“Espacito, amor, espacito”-repite, mientras se sienta sobre mí y me cabalga como si estuviera montando el primer caballo de las marismas de Almonte o de Hinojos que Cristóbal Colón se llevó a las Indias.

Mientras cenábamos Mabel había asegurado que para conocer bien España había que ir a Perú. Que la idea de España no se concibe sin el conocimiento exacto de las barbaridades que hicieron los españoles en Latinoamérica. Que la Historia siempre la escriben los vencedores, y el mal llamado descubrimiento de América, que aún hoy se sigue conmemorando con fastos y retruécanos de mal gusto en nuestro país, es una herida lacerante para el buen entendimiento entre las más de cuatrocientos millones de personas que hablan español en el mundo y de las cuáles, sólo cuarenta y cinco millones son españolas, y no tantas, si descuentas los inmigrantes que ya están censados y tienen doble nacionalidad, remató, con un aire de suficiencia que me dejó sin palabras con las que responder a tanta indignación contenida y a tanta mentira esbozada a lo largo de los siglos.

-Joder, con Mabel –me dije entonces-. ¡Me va a dar la cena y la *postcena* esta chica! ¿Es que los latinoamericanos nunca van a acabar la revolución? ¿A que todavía me tacha de imperialista?

Afortunadamente el masaje de manos y de pies que nos estábamos dando por encima de las copas y por debajo de la mesa, llevó la conversación a otros derroteros más dulces que cabalgaban desbocados y sin riendas a lomos del deseo.

Cuando Mabel mojó mi entrepierna, dijo, gritando:

-“¡Tienes que ir a Perú, me oyes!”

Al cabo de unos segundos, en que se fue recostando lentamente sobre mi pecho, acabó su exaltación patriótica de forma más serena y mimosa:

-¡A Peruuú, amorcito! ¡Debes de ir a Perú! -adoptando ya un aire pacífico y zalamero.

Cuando Mabel salió para ir al baño, encendí la luz para ver en qué lugar me encontraba. Una habitación coqueta y bien aseada apareció a mi vista, en donde resaltaba una añeja estantería con una buena colección de libros. Me levanté como impulsado por algún resorte olvidado y comencé a mirar las tapas: Borges, Bryce

Echenique, Vargas Llosa, Milan Kundera, Lezama Lima, Jorge Edwards, Eduardo Galeano, Augusto Monterroso, Alejo Carpentier, Bioy Casares... ¡Y Walt Whitman!

Abrí la tapa de *Hojas de Hierba*, ese libro que tanto me impactó otrora y me encontré con una dedicatoria:

“Las Hojas de Hierba de Walt arraigan como la grama y trepan por la piel como las madreselvas”

Firmado: JANUMAN

No sé por qué, cogí el libro, lo metí en la bandolera, apagué la luz y me dispuse a esperar de nuevo a Mabel, esa cesta de frutas sabrosas y frescas que el azar me había brindado.

SEIS

Ayer me despedí de Mabel en la estación de autobuses de Plaza de Armas. Un hálito de sombras navega a contracorriente en la humedad de los escarabajos negros de sus ojos.

-“No te pierdas, vale, sabes donde encontrarme.”

El amanecer coloca vetas azuladas en su azabache melena cuando la miro a contraluz, hasta el punto de que apenas puedo fijar con detenimiento sus facciones en mis retinas, que no sé por qué titilan como los alumbrados de feria o las estrellas en la lejanía abisal del universo ignoto.

-“No trabajes mucho” –le digo, y me despido con un abrazo y un fugaz beso.

Cuando el autobús parte –con destino a Madrid, es el primero que sale-, aún puedo verla, de espaldas, alejándose de un sueño, de la azarosa quimera que hizo posible nuestro encuentro, tan necesario para ambos. Una suerte de reconocimiento inesperado que ha colmado nuestras ansias y que ha colocado el primer escalón de una ficticia escalera que nadie sabe si seguirá construyéndose o el tiempo se encargará de destruir y convertirla en polvo.

En su casa, antes de partir para la estación, Mabel me contó que tiene dos hijos y un marido en Lima. Que hace más de un año que no los ve y que, quizá, cuando pase el verano, pueda reunirse con ellos.

Por mi parte, aunque ella insistió en saber qué cosa era mi vida, le ahorré los pormenores. No quise decirle que buscaba a un escritor que debía estar escondido dentro de mí. Me llevaría mucho tiempo explicar eso. Y además, no soy muy dado a confidencias, por eso escribo en el NOTE BOOK, en este cuadriculado portafolio cuyas hojas se van cubriendo de letras más o menos conexas.

Cuando el conductor del vehículo encauzó la autovía en dirección a Córdoba, me vino a la mente el libro que le robé a Mabel. Al extraerlo del bolso y abrirlo, me encuentro con una sorpresa. Mabel no sé cómo, había descubierto mi sustracción –debió registrar mis cosas cuando me duchaba-, y bajo la dedicatoria del tal JANUMAN había escrito lo siguiente:

“Cuidado con las madre selvas, cuando enroscan sus tiernos zarcillos en tu cuerpo y te embriagan con sus flores, estás perdido. Eso sí, deliciosamente perdido entre sus pétalos.”

¡Qué enigmática Mabel! Una persona con una buena formación y una decidida lectora -como pude comprobar por las conversaciones que mantuvimos-, trabajando en la cocina de un restaurante de Sevilla y alejada de su familia hace más de un año. ¡Qué cosa esto que se llama vida!, me digo, rechazando las imágenes que conformaron nuestro día de ayer con un fingido manotazo al aire. No deseo pensar en eso ahora, prefiero ver correr los campos y los pueblos persiguiéndose unos a otros en ese andar loco que me ofrece la fría pantalla de la ventanilla del autobús.

Hoy me he despertado en la buhardilla de un hotel madrileño del que, ahora, mientras escribo en la terraza del mismo, no recuerdo el nombre. En la mesilla de noche descansa el libro de Walt con las páginas abiertas. Antes de sentarme –en un velador de aluminio, frío como la alborada- en la terraza del habitáculo en donde me hospedo, he leído el comienzo de un poema:

“Yo sé que poseo lo mejor del tiempo y del espacio, y que jamás he sido medido y que jamás lo seré.”

Es un buen regalo para hacer camino este libro de Walt. Me acompañará en los momentos de soledad e incluso de euforia –para calmarla.

Aún no son las ocho de la mañana. Un cielo limpio entra en aluvión por las ventanas que anoche olvidé cerrar. La edad y la costumbre -aunque me acosté hace un rato- hacen que me despierte temprano. Tengo sed –de la resaca, imagino.

Esta madrugada vagué por la diversidad del barrio de Chueca. No sólo intenté transitar por sus calles y tugurios, también por las personas y sus secretos: esos mundos subterráneos llenos de dolores y alegrías, de virtudes y miserias que porta como un estigma cada ser humano.

Chueca es un carnaval perpetuo. La alegría del mestizaje –aunque sea fingida- está presente todo el año. Me gusta caminar de madrugada por este arrabal, por este lupanar callejero epicentro del orgullo gay madrileño. No me resisto a mirar y a ver -entre mirar

y ver hay grandes diferencias- lo que se mueve por la calles Montera, Carretas, la Puerta del Sol y los alrededores de la Gran Vía.

El comercio carnal me entristece; no soporto la realidad del sexo como moneda de cambio, como valor en sí; de buena gana le partiría la cara a más de un proxeneta de mierda.

Desde la atalaya en que me despabilo contemplo cómo las agujas de las torres del Madrid de los Austrias se enhiestan sobre un mar de tejados variopintos, que transfiguro en olas de negruzco barro. Un silencio absoluto recorre la urbe a esta hora; parece como si a la ciudad le costase trabajo despertar. Un borracho trasnochado interpreta esos por la calle -recién duchada como novia primeriza-, mientras vocea no sé qué discusión por finalizar. Poco a poco el ruido ocupará el espacio que ahora inunda esta soledad que absorbo por los poros, y en la que me deleito sólo interrumpido por los vencejos que entran y salen de un nidal cercano a mi balcón...

Después de asearme salgo a desayunar unas porras con chocolate. Las bocas del Metro de la Puerta del Sol comienzan a escupir gente que viene y va ensimismada en sus cuitas y ajena a todo lo demás: un sinfín de soledades móviles. La ciudad va adquiriendo el ritmo propio de la mañana de un sábado en la que al parecer hará mucho calor. Entro en una librería cercana, donde una vez compré "*Las aventuras de Amadís de Gaula*" en una edición muy cuidada. Comienzo, sin prisas, a repasar los libros de las estanterías. Poco a poco me voy asombrando de lo que veo. ¡Es una librería de ultraderecha! Mucha guerra civil española escrita con añoranza; mucho fascismo y nazismo; mucho libro sobre técnica militar y armamentos...

Observo que los textos están perfectamente distribuidos en los anaqueles. Imagino que el librero, cuando llega por la mañana, toca a diana y les ordena cuadrarse, y además -sin rechistar, como es lo propio en estos ambientes- éstos se alinean con la marcialidad propia que ostentó en otro tiempo el ejército prusiano. Me sonrío ante esta idea, pero... ante el porte serio del dueño, que me mira como calibrando de qué bando soy, salgo acosado por una mirada que me recuerda un pasado no tan lejano de la historia de España. En la calle, me entretengo observando las vitrinas de la tienda de al lado. Es un establecimiento muy lujoso, con extensiones en Valencia y Zaragoza -según reza en la puerta-, donde venden material para las iglesias: crucifijos, santos, copones, cálices...

Sigo el camino marcado por el acerado y encuentro una tienda de artículos militares: condecoraciones variopintas, uniformes de todos los ejércitos, medallas, bastones de mando... Hoy tengo un mal día: creo que estoy sin saberlo en zona nacional.

Cuando me alejo, me pregunto si se habrá notado mucho que soy un republicano rojo infiltrado en este espacio de nostalgia. Se me ha olvidado anotar el nombre de la calle, una lástima, siempre es bueno saber dónde está el enemigo.

SIETE

Mientras merodeo por las calles, al pasar cerca de una cabina, un impulso me ha hecho marcar el número de teléfono de Paula. Primero lo he intentado con el de nuestra casa, pero ha saltado el buzón de voz y no he dicho nada. Luego, la he llamado al móvil. No lo ha cogido. En fin... Si hubiera descolgado, lo más que habría salido de su boca sería algo así como ¡desgraciado, más que desgraciado! De la mía no hubiera salido nada. Seguro. De todas formas ya estamos acostumbrados a este lenguaje de percebes. De hablar y no decir nada. De enroscarnos en la idea propia ignorando la del otro. De pasar por la vida sin pensar más que en uno o en una. Incluso, aunque nos chocásemos mil veces en el mismo pasillo, siempre pondríamos cara de boa revirada sin que de nuestras gargantas saliera algo más que un exabrupto. Dejemos estar las cosas, pues, y sigamos camino.

Siempre que regreso a Madrid quedo, por unos días, impactado, aturdido. Imantado por la diversidad de seres... arrastrado por el incesante río que viene y va, incontenible, no sé por qué narices con tanta prisa. Pareciera que fueran a expirar pronto y tuvieran la perentoria necesidad de confesarse o de hacer testamento. De legar ante notario los cuatro o cuatrocientos cacharros que ahorraron o robaron en vida, según. No entiendo tanta ligereza, tanta brusquedad. De todas formas hay muchas cosas que no comprendo en la vida, tampoco me voy a preocupar por ésta. Me gusta dejarme llevar. Bañarme con pleitesía en las aguas de esta otredad tan familiar a lo que soy –será por los imaginarios lazos de la especie- y a la vez tan ajena: tan poco aprehensible. Las horas caminan ante mí doblando los minutos y los segundos como deben hacerlo los relojes deformes de Dalí. Mientras esto ocurre, sentado en cualquier lugar, veo pasar el tiempo entretenido sólo en un mirar y mirar. He cruzado el Retiro viendo cómo la gente se pone cachas corriendo o montando en bici, embutida en ropajes que perfilan cuerpos Danone, de esos que se podrían confundir con maniqués de vitrina si se quedaran inmóviles, o con estatuas callejeras, esos elementos arquitectónicos modernistas que a los alcaldes les ha dado por poner en las aceras y con los que se pegan de hostias los ciegos mientras que el perro que los guía se ríe por lo bajini.

He salido del parque por la Cuesta Moyano. Me gusta entrar en esta calle por aquí. De ese modo, las librerías de viejo están todas cuesta abajo. Ya conozco a algunos libreros de aquí. Me atraen estas librerías desde hace más de treinta y cinco años. Desde que llegué imberbe a Madrid -por primera vez-, solo, con mi pueblerina maleta y mi carga de ilusiones habiendo cumplido solo tres quinquenios. Las suelo visitar con frecuencia, siempre que puedo. Incluso a veces, solicito algún texto que no consigo en parte alguna y no sé cómo me lo encuentran. Me gusta merodear por los puestos, tocar los libros gastados -nunca compro libros nuevos aquí- y rebuscar tesoros a precio de saldo. Me atrae la indolencia y el desorden en que descansan los libros hasta que una mano interesada los saca del estatismo en que llevan años y, como un prodigio extraño, vuelven a ser elementos útiles para alguien, poniendo a su disposición saberes ocultos, recovecos reales o ficticios de mundos imaginados o narrados por otros, porque eso es un libro y no otra cosa: un mundo dentro del mundo. Y me pregunto ahora que escribo: ¿Qué papel desempeñará este NOTE BOOK en el mundo de los libros? Me contesto que con que se vaya escribiendo es suficiente. ¿Hay quizás algo más importante que ser? ¿Que ser algo? Por mi parte, me tengo considerado en el ranking social por algo menos que un escarabajo pelotero. Pero, bueno, eso significa que aún tengo posibilidad de fecundar mis huevos en la mierda que dejan otros, sean de mi especie o no. Algunos listos llaman a este proceso -como si se lo hubieran sacado de la manga y esto no viniera de viejo- reciclaje o sostenibilidad, según provengan respectivamente del campo de las artes plásticas o del de las políticas medioambientales. En fin... para qué hablar.

OCHO

A veces la muerte puede ser la causa de la inmortalidad. Esto ocurrió no hace tanto con Michael Jackson, como en otro tiempo sucediera a Marilyn Monroe o Elvis Presley.

Borges decía que *“el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano, la otra cara de la moneda.”*

No sé qué tiene que ver lo último con lo anterior, pero, bueno, lo que es cierto es que las cosas no ocurren como las vemos o nos las cuentan, tienen génesis diferentes demasiado disímiles entre sí como para ser comparadas: de ahí la complejidad de la vida. Los sistemas pretenden rasarnos con consignas globales, como si estuvieran enfoscando una pared que se levanta; pero es obvio que esa estrategia no vale desde el punto de vista individual aunque les

sea útil a los oráculos que pregonan tales futilidades. No disponemos de referencias donde calcarnos porque no hay nadie que sea igual a otro. Afortunadamente, para que llegue y se imponga la teoría orwelliana, todavía queda; a pesar de no sé cuántas ovejas, pollos, ratones, etcétera se lleven clonados. Al menos eso espero.

Todo es nuevo cada segundo que transcurre. Esto es tan viejo que da como grima decirlo. Por eso no entiendo por qué oscuras razones le tenemos tanto apego a las cosas que nos rodean, incluidas las personas. Nada en el mundo es estable, todo es dinámico. Por eso la mirada nunca puede sostener en la retina un mismo objeto más allá de una fracción infinitesimal de segundo. Lo que pasa ante ella, sin que tengamos conciencia, es una película que no somos capaces de ver aunque observemos un objeto aparentemente inmutable. No es cierto. En las relaciones con otras personas ocurre igual, ¿por qué iba a ser de otra manera? Hoy te deseo y mañana no, punto.

Anoche, después de cenar, donde di buena cuenta de una majestuosa botella de vino, entré en un tugurio en los alrededores de Malasaña. A Manuela Malasaña la mataron los gabachos en la represión posterior al levantamiento del 2 de mayo de 1808. Se la cargaron por llevar encima unas tijeras, dijeron que tal utensilio era un arma. Y es verdad, Manuela era costurera. Era el instrumento con que se ganaba la vida. El local, situado en la calle Fuencarral y cercano a los baretos *La vía láctea* y *El Penta*, se encuentra en el círculo en donde vino a desarrollarse la movida madrileña entre los años setenta y ochenta. En *El torero*, que así se llama el lugar en que estoy, todas las personas posan con un vaso en la mano, como si esa fuera su espada, su arma para matar o matarse. Andan bebiendo y hablando a gritos. La terraza del establecimiento está llena de hombres y de mujeres que han ido allí a mostrarse, a que les vean los otros.

En el interior, un abigarrado grupo de personas se menea al son de una estridente música. Bailan arracimados, frotándose los gajos de la piel como si desearan quedarse sin hollejo, licuarse, fundirse en vino viejo sin más odre que la gastada madera que pisotean con ensañamiento, cada cuál a su bola, a su rollo.

Después de tomarme tres Legendarios con Coca-cola, me he ido para un culturista, que he observado realiza tareas de guardia de seguridad; una especie de masa, apretujada de músculos, que porta un pinganillo en el oído derecho como si fuera el responsable de la integridad física –de la psíquica no quiero hablar- del Papa o

de otro picatoste cualquiera. Sin venir a cuento, le he dicho: “Soy comisario de policía, si necesitas algo, estoy aquí”.

El gorila me ha mirado y no ha dudado un momento de lo que afirmo. Al rato aparece el dueño y me dice que “su local es un sitio tranquilo, que aquí no hay problemas”. Le he contestado que me parece bien, que así deben ser las cosas. Le informo además que mañana espero a unos compañeros y que vendremos a tomar una copa aquí. Él pone cara de encantado, al menos de forma aparente. Tanta autoridad en su local debe –o debiera- ser un honor.

Voy al servicio y cuando regreso, el gorila me da quince tarjetas plastificadas de parte del jefe para que pueda beber gratis. Una tarjeta, una copa. Cojonudo, me digo. Resultado: Me cojo una tranca de cuadritos además de invitar a un par de tías que se me acercan como entrando.

Aparece un pavo que estaba con ellas y me dice al oído: “estas tías follan”. “¡Vale!”, le digo en mi ebriedad. El pavo se refocila con una de ellas, que se deja tocar por todos lados, mientras que la otra los mira con una cara de mala leche que podría agriar la pureza de sangre de un niño de teta. Le inquiero qué cosa le ocurre. Ante su cara de angustia le pregunto si está enamorada de su amiga, y me dice que sí. Que ese tío es un cabrón de mierda, y que se aprovecha de ella porque está borracha. Decido dejarme de inventos y me pongo a consolarla. ¡Qué voy a hacer! Ese ha sido uno de los destinos de mi vida, esperar a los otros, hacer de niñera de los demás y de mí mismo, que quizá sea el que necesite más cuidados y nadie me reconforta. Uno no puede cambiar de un día para otro aunque se haya ido de casa. Siempre llevará consigo lo que es, una fuente de miserias aliñada con algún que otro esquejo aleatorio de alucinada felicidad.

Cuando ya los pies no me aguantan y la barra se mueve de sitio como si quisiera alejarse o acercarse a mí, al lugar en que estoy, sin moverme, con rostro de sapo embobado en las florecillas de una charca mugrienta y verdosa, decido tomar la puerta y si te vi no me acuerdo. Antes de marcharme, el gorila y el dueño, que no me han perdido de vista ni un instante desde que les dije quien era, se acercan a despedirse. Les digo que vendré mañana con varios inspectores a tomar un trago, que estamos aquí haciendo un curso.

–“Lo que haga falta”, me dicen, como si fuera una letanía aprendida con el paso del tiempo o una señal que desconozco utilizada en los bajos fondos.

Salgo del tugurio.

Es necesario que camine, que le meta rumbo a los pies. Pero la línea recta se me ha perdido en un mar de aceras adoquinadas con

motivos extraños, semáforos multicolores y gente confusa en su mismidad que salen de por aquí y de por allá dificultándome el paso. En estos casos siempre pienso lo mismo. Parece que el círculo fuera mi destino, mi eterno destierro. Camino varias veces por los mismos lugares, que reconozco luego de mirarlos atentamente, aunque yo no me desanimo. Persevero como un martillo pilón empeñado en enderezar un material poco maleable. Constante y riguroso: Tas, tas, tas... Un paso y otro paso. Te quiero, no te quiero. Te quiero, no te quiero. La redonda margarita. Me vienen a la mente los soles de mi amigo el argentino Nestor Goyanes, el xilógrafo.

En la puerta del Metro de Tribunal, está el antiguo Real Hospicio Ave María y San Fernando. Me digo que alguien debería recogerme a mí, ahora, justo ahora, aunque fuera por caridad. No tengo ni repajolera idea de cómo llegar al hotel, y si me meto en el Metro me puedo llevar lo que queda de noche y parte del día de mañana en alguna estación perdida o andando por entre los raíles, hasta que una mano salvadora me oriente o un tranvía haga añicos el cuerpo que me contiene.

No sé cómo y al cabo de un buen rato, llego a los alrededores del hotel. Decido dejar la carga de alcohol que me empantana, y que trasiega feliz por mis venas navegando como en un río remansado. He descubierto hace tiempo que donde mejor se vomita es en el contenedor de basura; de los verdes, tiene que ser de los verdes. Primero se abre. Luego se apoyan los brazos a lo largo del mismo y se larga; se suelta todo hasta que no quede nada líquido ni sólido en los adentros que haya sido ingerido recientemente o incluso tiempo ha. Tengo experiencia en estas lides. Esta es otra cuestión que me asemeja también a la mayoría de los escritores. Todos son unos borrachos de cojones... les gusta la priva cantidad, con excepciones que solo hacen palidecer a los miembros más regios de la profesión.

Las ventajas de vomitar en un cubo de basura verde es que no te manchas los pantalones ni los zapatos y además dejas los residuos en el lugar adecuado. Ecologismo puro. Luego cierras y se acabó. El féretro está listo para llevar al basurero adecuado. Como pasará con mi cuerpo o el suyo cuando llegue la hora de largarse, de marcharse de forma definitiva de este caos en que vagamos, perdidos y desorientados tal que bogavantes en una pecera. Con las garras amarradas, con las bocas amputadas, esperando que alguien nos mate.

Si no es así, ya se encargará el tiempo de hacerlo cuando el cuerpo no aguante más la oxidación, el relente de la vida. O qué pensaba,

que hay alguna contradicción sustancial entre el uso que se le da a los residuos urbanos y a nuestros cuerpos muertos. No. Todo es lo mismo. Las latas, las botellas de plástico o de cristal, los cartones y todo aquello que sea rentable será reutilizado. Los ojos, los riñones, las manos, el corazón... y lo que sea trasplantable cuando el fluir interior se detenga, también. ¿Qué diferencia hay?

NUEVE

Dice el enigmático Juan Goytisolo, ejemplar de escritor especial y raro donde los haya, que *todo arte brota de la contradicción. Si se tiene todo claro, no se escribe*. Yo no he tenido claro nada desde que tengo uso de razón, si es que la tal cosa es aplicable a un individuo de mis características. Además, lo confundo todo y casi nunca he sabido en qué lugar estaba la verdad y la mentira en su pureza extremas. Todo me parece un conglomerado, un amasijo, una almáciga de cosas en donde se alean los contrarios formando unidades distintas a cada paso, a cada instante que transcurre. Mezcla de mezcla de mezcla. El Universo es una gran hormigonera impulsada por fuerzas que se atraen y se repelen de forma constante. Ni más ni menos que como las personas en las relaciones que mantienen entre sí sobre el débil hilo que conforma sus ciclos vitales. Nada hay original ni auténtico. Todo, todo lo que hay nace de la misma esencia, de esta vorágine que nos transporta y que las más de las veces no entendemos, y lo que es peor, ni siquiera presentimos. Así, cuando escucho a alguien, a un político por ejemplo, me digo, lleva razón, puede que lleve razón, pero, cuando lo pienso, o pasa el cedazo del tiempo aclarando lo sucio, lo taimado, lo escondido, resulta que es mentira. Pura patraña.

Siempre me ocurre lo mismo cuando conozco a otras personas. Por eso he decidido no creer en nada, ni siquiera en lo que veo, porque los ojos también engañan igual o más que las palabras. Esta actitud mía debiera ser una razón más para convertirme en escritor, digo yo. Pero ¿qué se yo?, pobre lector de narrativa aderezada de vez en vez con algo de poesía. ¿Qué sabe nadie?, como diría Raphael, ese cantante de histriónicos gestos y sonrisa permanente que llegó a ser un niño mimado del dictador Franco. Como Dalí, ni más ni menos, no nos equivoquemos. Nada tienen que ver el arte con la búsqueda del sustento. Cada cual lo hace como puede o entiende. La diferencia, dicen, está en la pérdida o no de la dignidad. Pero, ¿la dignidad qué es? ¿Es que los ladrones de guante blanco, esos que están aliados con ciertos políticos, o las multinacionales que manejan a los gobiernos, no tienen el mismo concepto de la dignidad que el tironero de la moto, el carterista del Metro o el chulo

de putas? La misma. La diferencia está en la cantidad que sustraen. Nada más. ¿Por qué se tolera mejor a alguien llamado Madof, que según dicen estafó no sé cuántos miles de millones de dólares y dejó en la ruina a medio mundo, que al heroinómano que robó la caja de un supermercado para comprarse una dosis que lo calme y lo deje un paso más cerca de la muerte? ¡Que me lo expliquen! Bueno, mejor es que no me expliquen nada. Prefiero evitar esas insulsas y anodinas peroratas. Pasó el tiempo para mí de los convencimientos, de los cabezazos, de los a sus órdenes. Es mejor no pensar en nada y escribir en el NOTE BOOK lo que me apetezca, lo que me de la gana.

El francés Gustave Le Clézio, al que le dieron en 2008 el premio que dejó instaurado el creador de la dinamita, de la gelignita y de la balistita, entre otros inventillos que no sé cuántos cientos de millones de muertos lleva asignados en el mundo el pavo éste, el tal Alfred Nobel -que quizá, o seguro, instauró la fundación para lavar su conciencia ante tanto cadáver por doquier-, dice que *los escritores viven en un bosque de paradojas, explorando senderos...* Bueno, pues seguiremos caminando, no por la senda que nos tracen los llamados -¿por quiénes?- a esta tarea, sino por las veredas que se nos antojen, o dicho en castellano viejo, nos salgan de los mismísimos güevos.

Quizá ahí esté el arcano secreto. En tener criterio propio de las cosas, en no creerse nada de lo que dicen los demás. Y si está en un código religioso, político o filosófico, menos. Mucho menos. Todas esas ideas agrupadas tienen un mismo fin, el control de la humanidad, el manejo de los más débiles. Y yo estoy hasta la entrepierna de que me manejen, me digan o me aconsejen. De que me toquen los compañeros, vamos. Así que, a caminar por libre. Por donde marque el instinto, o las ganas, o las circunstancias esas de que hablaba Ortega y Gasset. Porque, como dice Luis Peixoto, la literatura no es una ciencia, es sólo *una fuente de conocimientos basada en lo subjetivo y no en los hechos*. Lo contrario se llamaría, supuestamente, Historia. Aunque también sabemos quiénes escriben esta última. Los ganadores, siempre los triunfadores... Las palabras que han quedado cinceladas en el tiempo como testimonio para explicar el pretérito no pudieron, como es lógico, ser escritas por los muertos. Y si uno no puede fiarse de lo supuestamente acaecido que nos ha sido transmitido, ni de lo que ve, porque la información que nos llega está completamente manipulada por el señor de turno ¿qué narices nos queda? Nada. Estamos solos en el universo, cada cual con su más o menos cargada mochila de ambigüedades, de manifiestas dudas, de incomprendiones, de

preguntas que nunca serán respondidas más que con mentiras, una tras de otra. Así que, para que quede claro clarito: escribo esto porque me sale de donde dijimos ¿qué pasa? Por tanto, a sentir, a ver, a palpar, a intuir... hasta que me harte, hasta que se acabe el cuaderno de las narices. Porque, no les quepan dudas, este lo relleno yo de letras aunque tenga que copiar el Espasa Calpe. Y, como a estas alturas espero no tener que darle cuentas a nadie de lo que hago o dejo de hacer, pues, esto es lo que hay: NOTE BOOK.

DIEZ

Estoy sentado en una plaza cercana al teatro de la Ópera. En este espacio, en donde ahora asiento mis posaderas, otrora, en 1708, existía un lavadero público conocido como *Los caños del peral*. Quién lo diría, verdad. Un lavadero público en la mismísima puerta del teatro de la Ópera. No me imagino a los reyes, tan aficionados ellos, ni a toda la corte que le acompaña a cualquier lado, que no sé por qué narices tienen que arrastrar siempre a tanta gente, pasando entre las lavanderas afanadas en limpiar a base de puñetazo limpio, sobre las frías aguas -¿del manzanares?-, las prendas embarradas que el Madrid de la época dejaba hecha unos zorros.

Quién o quiénes se sentarán en este banco de madera repintada en que me aposento, dentro de diez años, o de dos días, o de quince minutos..., cuando me marche. ¿Qué pensará? ¿Qué oscuras tribulaciones corretearán por sus neuronas? ¿Qué cuitas ensombrecerán su alma o alegrarán su espíritu?

Mientras veo a la gente deambular, llevando a cuestas la rémora de sus oscuros tejemanejes, me viene a la mente mi abuelo Juan. Su pintoresca vida, su tan alardeada por los demás historia. Su figura quieta en una sombra esquinera, al alba de cualquier día, embutido en una negra capa y esperando la marcha de un marido, y de otro y de otro..., para ocupar su puesto en el hueco dejado en el jergón por alguien al que vio partir, con el hatillo al hombro, con las prisas en las piernas, con el ansia asida al cerebro por buscar un sustento que traer a casa.

Su enjuta estampa, su rostro afilado y pícaro, su insaciable necesidad de sexo, que debía salirle por todos los poros y por la misma niña de los ojos. Así, así veo a mi abuelo. Lo curioso de esto es que no le conocí, nunca le vi. Y si lo hice no me acuerdo. Murió cuando yo tenía dos años. Por eso a lo largo de todo este tiempo he tenido que imaginarlo, que soñarlo, que idearlo...

Algo parecido le ocurre al protagonista de *“La camarera del Titanic”*, la película de Bigas Luna. Puro teatro, entera ficción si se quiere.

Eso es la vida. También la literatura. Sueños. Trenzadas entelequias...

Y esa imaginación que se me desbordó desde chico se ha acrecentado de forma exponencial con la lectura, hasta no saber qué cosas nacieron de la experiencia y cuáles otras lo hicieron del ensoñamiento en que los libros que me habitan mantienen sumido a mi cerebro. Un todo indescifrable soy, como usted o cualquiera otra persona, troquelada por circunstancias similares o diferentes, no importa. Solo eso.

Aunque a la mayoría de la gente le gusta cosechar cosas, apilar materiales en la caja fuerte de la vista de los demás, ese no es mi caso. ¡Mira mi casa! ¿Viste mi último coche? ¡Me voy a Cancún de vacaciones! ¡Imbéciles! Prefiero acumular sueños, sensaciones, emociones...

El verano como es sabido es un tiempo largo y propicio a los ocios dispersos. Lo extenso de los días hace que quepan en ellos más horas de disfrute, de relajado o de abrupto recreo.

Equivocarse en la vida es necesario para la vida, decía Nietzsche. Esta máxima, que en principio puede parecer contradictoria, es fundamental para poder enmendar el comportamiento aprendiendo de los errores. El predominio de la luz sobre la oscuridad sólo puede alcanzarse caminando grandes superficies de sombra. Parece una paradoja de las que se aprenden en Lógica, pero es así. Vivir no es fácil, nada fácil. Es una continua enseñanza, una lección nunca aprendida, un silencio roto por sonidos que a priori no se entienden pero que, sin que lo queramos o sepamos, nos amolda el porvenir: teje lo que seremos. Pero, sacar provecho de las faltas, no está al alcance de cualquiera. Muchas personas nunca aceptarán el haberse equivocado. No saben ni pueden ni quieren. Craso error. Por eso a mí me apetece escribir en el NOTE BOOK con letras grandes, en estos instantes, que soy un FRACASADO. ¿Y qué pasa? Prefiero soñar, ya lo he dicho. En eso quizá me asemeje a los escritores, porque, la mayoría de ellos utilizan las visiones como herramienta imprescindible para la creación de su obra.

Cenando una noche con María Kodama, la mujer de Borges, y habiéndose lanzado la conversación por los derroteros de la disección de su obra, Kodama coincidió conmigo, no sé por qué, porque en lo demás no estuvimos de acuerdo en nada, en que uno de sus mejores cuentos -incluido en *Ficciones*- era *Las ruinas circulares*. En él escribe Borges: *...quiso explorar la selva, extenuarse, apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteada fugazmente de visiones...*

Nietzsche confiesa en *Ecce Homo* que *Así hablo Zarathustra* nació de dos visiones que tuvo en 1881 y 1883.

El físico y místico sufí Ibn Arabi, que naciera en Al-Andalus –en el reino musulmán de Murcia-, utilizó sus premoniciones y visiones como materia prima para sus escritos.

Podrían ponerse miles de ejemplos: Blake, el profeta Zacarías, Santa Brígida –que es quien tiene la culpa de que se peregrine a Lourdes-, los Escritos Apocalípticos, Ingeborg Bachmann, el conde de Lautremont, Faulkner...

La literatura especialmente, pero también cualquier otra manifestación artística de la humanidad –la filosofía, el teatro, las artes plásticas...-, ha utilizado siempre la visión, el sueño, la intuición..., en definitiva lo que no existe, como motor necesario que impulse a la realidad.

La realidad se va creando a golpe de mentiras ¡tiene gracia!

ONCE

Decido poner los pies en polvorosa y me largo al hotel. Por el camino me compro algo de ropa aprovechando las rebajas. Estos días atrás he utilizado la misma que llevaba cuando salí de casa, que he lavado alguna vez, de noche, y vuelta a usar en la mañana. En estas fechas veraniegas se necesita bien poco, un pantalón, una camisa... y saliendo. He calculado el tiempo que me ando buscando y no es tanto como parece. Sin embargo las sensaciones vividas, los estímulos... han sido muchos, como si llevara más tiempo en este otro mundo que camino. No sé si esto es lo que quería encontrar pero es lo que hay. De mis hijos me acuerdo poco o nada –tampoco lo hacía antes-, y de Paula aún menos. Ya la llamé y no sirvió de nada, no me cogió el teléfono. Imagino que desea que las cosas transcurran así, como están ahora. Que posiblemente rezaría si fuera creyente para que me perdiera de una vez y la dejara de azotar con mis neuras de forma continua.

Pero el ser humano no puede trazar caminos a largo plazo. Entre otras circunstancias porque nadie sabe si mañana estará aquí o engordando una gusanera del tamaño de su propio cuerpo.

Es complicado vivir, sobre todo vivir pensando.

Si uno disecciona de verdad lo que es la vida, el caos que en realidad somos..., se rompería el pegamento que nos aglutina y nos caería encima una especie de vórtice planetario que destrozaría a pedazos la cohesión social dejando hecha añicos cualquier forma de Gobierno. Sería un estruendo tan bestial, un grito de desamparo tan lleno de rabia, tan sardónico si se quiere, que nuestras células -

la parte química que nos compone y lo rellena todo- se partirían de risa si pudieran hacerlo ante la ingenuidad en que vivimos.

Si la luz que no vemos se pudiera hacer pensamiento, y éste a su vez acción en cada uno de nosotros, ni la locura podría salvarnos; nos mataríamos unos a otros como gallos en un corral del tamaño de la Tierra. Que poco más o menos es lo que hacen los países desarrollados con la ciudadanía de los mal llamados países tercermundistas. No quedaría nadie ni nada vivo. Nada.

Por eso la ignorancia y el analfabetismo son piezas necesarias y fundamentales en la composición del tejido social, ese que conforman y manipulan desde siempre aquellos entes que manejan los hilos de la marioneta.

Quizá por eso también el universo siga en expansión, sin límite prefijado, porque no ha encontrado la fórmula ideal de la vida y la naturaleza sigue experimentando con la única fórmula que conoce y puede aplicar: el ensayo y el error.

Los humanos somos seres imperfectos, sin justificación alguna aparente. Estamos aquí por un capricho de la naturaleza y en cualquier momento desapareceremos. Sin más historias ni cuentos chinos. ¡Con lo creído que nos lo tenemos! ¡Si hasta hemos inventado multitud de mentiras acuñadas en libros sagrados o pseudo científicos, para darnos una absurda explicación que mantenga nuestra falsa e inteligente cabeza erguida!

El mundo está hecho de pensamientos inconexos que buscan agruparse, sostenerse entre sí para apuntalarse como las obras en ruina, pero, los ensayos para ese afianzamiento, que empezaron hace millones de años, no han dado resultados aceptables hasta ahora. Nada de nada aceptables ni coherentes, que diría un francés. A la vista está.

¿Para qué estamos aquí, entonces? ¿Por qué es necesario que existamos, que vivamos de esta forma tan pueril y engañosa? Cuándo carajo se encontrará la azarosa fórmula que nos haga ser una cosa definitiva, esencial, como decía el académico Odón Betanzos que debiera ser la poesía.

Nosotros, todos, mientras tanto, formamos parte de ese inmenso y desconocido nimbo de nebulosas a la que llamamos universo, sin tener verdadera conciencia de que somos nada. Un poco de energía transitoriamente acumulada. Un ínfimo elemento perecedero que se convertirá en otra cosa, y en otra, y en otra... ¿A qué vienen entonces tantas molestias, tantos requerimientos y tanta hostia?

Después de leer un rato a Walt, me ducho, me visto con mi adquirida ropa y me largo a la calle. A tomar viento. Necesito dejar de pensar un rato.

He dejado *Hojas de hierba* abierto -como una invitación a la lectura de sus poemas-, encima de la ringlera de libros que compré en la Cuesta de Moyano: *Chopin y George Sand en Mallorca*, de Bartolomé Ferrá, *El camino de los ingleses*, de Antonio Soler, *Sin noticias de Gurb*, de Eduardo Mendoza, *El esqueleto de los guisantes*, de Pelayo Cardelús, *Cagliostro*, de Vicente Huidobro, *Las Geórgicas*, de Claude Simon, *Cartas de mi molino*, de Safo, *El paso tan lento del amor*, de Héctor Bianciotti, *Al norte la montaña, al sur el lago, al oeste el camino, al este el río*, de László Krasznahorkai, *Satiricón*, de Petronio, *Los Borgia*, de Mario Puzo, *Melmoth el errabundo*, de Charles Robert Maturin, *Las fuentes del Pacífico*, de Jesús Ferrero, *La ilustre casa de Ramires*, de Eça de Queiroz, *Sangre de amor correspondido*, de Manuel Puig, *La sombra cazadora*, de Suso de Toro, *Última salida para Brooklyn*, de Hubert Selby Jr., y *La hija de Burger*, de Nadine Gordimer.

Ahí quedarán todos, vigilados por Walt y por las cadenas invisibles de sus palabras, esas enredaderas no tan frágiles capaces de reinventar el mundo en un solo verso y de atar a las personas con la fragancia de sus pétalos, como decía Mabel bajo la dedicatoria de JANUMAN. ¿Quién narices será JANUMAN? ¿Uno de sus amantes? ¿Su marido?

He decidido darme una vuelta por *El torero*.

Allí, al menos, bebo, miro, me embobo y me emboto con la idiocia del comportamiento de la raza a la que pertenezco, y con la que comparto una misma identidad, la de todos los seres humanos, la que nos inoculan sin darnos cuenta la genética, la biología y el posterior aprendizaje de aculturación. Éste último es el que nos confunde, el que hace que nos equivoquemos: el pensar que hay diferencias sustanciales entre nosotros en función del espacio del globo terráqueo en que hayamos nacido. Pero ¿si el noventa y tantos por ciento de nuestra cadena genética -no me acuerdo bien del dato- es similar al de una mosca verde, de esas que comen mierda, qué cojones de diferencia habrá entre los seres humanos, entonces?

¡Jilipollas de fascistas y otros tantos energúmenos sin conciencia que piensan o pensaron que la raza, las ideas, el estatus social o la cadena de mando nos hacen diferentes! Lo malo es que... vamos nosotros, la inmensa mayoría, y nos lo creemos. En fin, suelto el NOTE BOOK, tiro el pilot sobre la cama y me largo a la calle buscando un consuelo que sé no encontraré.

¡Estoy hasta los güevos!

DOCE

Una de las posibilidades que ofrece cualquier gran ciudad respecto a los espacios rurales es poder caminar arremolinado de gente sin que sean las fiestas del patrón o la feria del pueblo. Además, la ciudad nos permite transitar sin saber hacia dónde lo hacemos. No hay que ir a un lugar concreto ni tampoco dar explicaciones a nadie; uno puede pasarse la vida yendo y viniendo sin que nos pregunten hacia qué territorio marchamos o de cual retornamos. Las grandes urbes, permiten recuperar la ilusión infantil de ir montado en un caballo de cartón que da vueltas de forma incesante por el tiovivo de la vida -que se repite y repite- y donde, a veces, salen de los lugares más insospechados, figuras de inconclusas brujas que atizan tremendos escobazos acompañados de risas ancestrales: esos ectoplasmas que vienen acunados por la inocencia en que estamos inmersos y nos impiden ver la realidad.

Lo cierto es que todo lo que hay alrededor del ser humano, individual y socialmente hablando son fantasmas e incógnitas. Tremendos y abundantes enigmas que nunca han sido ni serán resueltos porque en muchos casos no interesan y en otros se desconocen.

Tenemos la ilusa sensación de estar acompañados pero, sólo se trata de desconocidas personas que, al igual que nosotros, tampoco saben hacia adónde encauzan los pies o de qué lugar partieron. Lo desconocen o lo olvidaron. O desearían olvidarlo en el mejor de los casos.

Es penoso vivir así pero es lo que hacemos, todos, tratar de recorrer el mayor trozo de senda que podemos, izados sobre caballitos de cartón hechos con la base de nuestra concepción del mundo. Hasta que se termina el camino, hasta que llegamos a la meta, que, curiosamente, siempre nos coge por sorpresa, a traspiés, como si la muerte fuera algo inesperado, ajeno a norma alguna. Somos idiotas, por utilizar un apelativo lábil. Luego, alguien pondrá un rótulo temporal con nuestro nombre en el lugar en que encierran la arena que nos conforma y se terminó la faena. Se acabó. Nos quedamos sin sueños.

Quizá deba ser así o solo pueda ser así y habría que declarar el Estado de la Inopia como el de la felicidad absoluta nunca encontrada. Haría falta un buen tratado sobre la ignorancia para saber si por rechazo al reflejo de lo que somos, nos espabilamos, o se despiertan algunos que puedan enseñarnos el camino; otro

camino, por favor... que hay muchos y uno más no importa. Pero sin mentiras, oiga. Sin más mentiras aunque sean piadosas.

Un organismo tan inútil como la ONU podría tener un papel preponderante en su constitución, lo digo con media sonrisa. Conformar un imaginario Estado que tenga por residentes a la humanidad entera y donde no existan multitud de reinos de taifa intentando hacerse con el poder, mandándonos continuas e inflamatorias consignas para convencernos de sus parabienes e inundando de inmundicias a todos los demás. Para que nos alejemos de los mismos... de sus malditas y enrevesadas técnicas de seducción. Esto podría ser una solución, pero todos sabemos de su inviabilidad. La codicia no lo permitiría. Nunca.

Una locura esto, oiga. La vida es un gran manicomio ilegal nunca reconocido como tal porque no les interesa a los jefecillos tribales. Si así se hiciera, las facciones en liza perderían los clientes que conforman sus enormes y absurdos ejércitos compuestos de ignorantes y despistados acólitos.

Pensar es peligroso, demasiado peligroso con los referentes en donde nos movemos, enquistados como están en matar al prójimo... al que no está con nosotros. Pensar es nocivo para la integridad individual, por eso es necesario amordazar al otro, maniatarlo, tenerlo controlado.

Es sabido que el valor de un ser humano es tanto como el de una hormiga, a la que reventamos al pisarla cuando se cruza desorientada en nuestro camino. Lo del honor, la lealtad, la decencia, la nobleza –de sangre, dicen algunos ¡qué barbaridad!-, y otras tantas monsergas no son más que pamplinas, enormes y absurdos eufemismos.

Lo cierto es que tampoco sirve fijar rumbo alguno porque hay corrientes, como quedó dicho, y no precisamente imaginarias, establecidas desde el comienzo de la vida, interesadas en llevarnos a su campo magnético de atracción para captarnos en sus órbitas.

En cada una de esas espirales o circunvalaciones hay reglas establecidas, códigos y catecismos de obligado cumplimiento, que dan la sensación de liberarnos de algo cuando lo que están haciendo en realidad es atarnos firmemente a su bien planificada y utópica quimera. Convertirnos en remeros de un barco que no conduce a sitio alguno y que nosotros empujamos más o menos alegremente, atados como estamos, por cadenas cuyos macizos eslabones están forjados con el material que produce el desconocimiento de las cosas.

Me acabo de saltar, sin darme cuenta -con la perorata que llevo rumiando hace días para luego transcribirla en el NOTE BOOK, y

que me mantiene en un despiste absoluto sobre lo que a mi alrededor acontece-, una de las infinitas y variables reglas sociales: me he pasado un semáforo en rojo y por poco me matan. Encima de que casi pierdo el pellejo que me envuelve, que ya se agrieta de por sí a cada instante sin necesidad de ayudas exteriores, me han dado una pitada de cojones y me han llamado gilipollas en un perfecto coro de voces, digno de ser dirigido por Baremboin, ese judío con pasaporte palestino que no toleran en la tribu de Israel ni en la otra.

Parecen mecanos los conductores éstos. No hay posibilidad para el despiste ni el disentimiento. No toleran nada. Ni lo más mínimo. Nos sentamos al volante de un vehículo y nos convertimos en unos déspotas, en dictadores con pretensiones imperialistas. Lo mismo nos ocurre si damos clase en la Universidad, dirigimos una empresa, somos agraciados con la Lotería Primitiva o los cupones, o nos eligen por sufragio universal para liderar al pueblo. Al pueblo ¡qué cosa! En fin, por ahora he salvado el pellejo, veremos cuánto dura.

TRECE

Antes de ir a *El torero* entro en un *Ginos* para comer algo. Me gustan las ensaladas y las pastas de estos restaurantes aderezadas con un *Lambrusco Salamito di Santa Croce*. Me bebo, como es habitual en mí en los últimos tiempos, hasta el último sorbo de la botella. Estoy tomando más de lo que debiera, y no me refiero sólo al alcohol.

Es cierto que tanto Tolstoi como Chéjov y algún que otro despistado, despreciaban a los escritores bebedores. Pero la nómina de los creadores literarios que ejercían el oficio teniendo en una mano la pluma y en la otra el vaso –de lo que fuere, pero siempre lleno- es apabullante: Catulo, Malcolm Lowry, Juan Rulfo, Dostoievski, Lope de Vega, Quevedo, Baudelaire, James Joyce, Samuel Beckett, Hemingway, Raymond Chandler, Faulkner...

Así que he decidido, en ésta, mi nueva vida, mi quizá única vida plena desde que nací, convertir la ebriedad en el estado ideal para realizar mi obra; en el pilar esencial que ha de soportar la estructura arquitectónica de la misma. Los efectos del alcohol y las drogas son al parecer beneficiosos; así lo atestigua el NOTE BOOK que poco a poco se va llenando de palabras, de frases, de ideas, de situaciones que habrán de imbricarse, de personajes que forzosamente habrán de encontrarse en algún lugar, de trabarse si fuere necesario hasta buscar un desenlace deseado por mí o por la necesidad. ¿Cuál? No lo sé.

Al salir del italiano recojo del suelo un papel que hace piruetas en el aire para terminar enredado en mis zapatos. Casi me caigo al leer lo que viene escrito. Koji Suzuki, escritor japonés como su apellido confirma, ha escrito una novela que se está vendiendo hasta en las secciones para el hogar de las grandes superficies de medio mundo. Está editada en rollos de papel higiénico. ¡Joder, con los japoneses!, me digo. ¿Cómo no se me habrá ocurrido este invento a mí, con la de veces que voy yo a deponer últimamente? La novela, que se llama *Drop*, ocupa casi un metro de papel del rollo, por lo que se repite exactamente treinta y cuatro veces. De esta forma tan escatológica, cada cilindro de papel tendrá treinta y cuatro potenciales lectores que mientras abren sus esfínteres y dan salida a los desechos del cuerpo, alimentan la imaginación con historias y, además, de paso se acojonan, porque es del género terrorífico. ¡Y solo cuesta algo más de euro y medio! ¡Te cagas!

Me guardo el papel en el bolso, para que nadie, si le cuento esta historia, piense que estoy borracho, aunque puede que también.

Hasta ahora sólo se conocía lo que muchos críticos puristas llamaban realismo sucio, y cuyos iniciadores fueron entre otros Raymond Carver y Charles Bukowski ¿pero esto? ¡Estos japoneses son la hostia!

Me acabo de dar cuenta, así, como quien no piensa en otra cosa, mientras guardo el papel como una reliquia, que este invento de Koji Suzuki es muy pero que muy peligroso. Tanto o más que una bomba nuclear de racimo, que no sé si existe pero que debe ser lo más en esto de las armas no convencionales. Armas no convencionales, qué eufemismo, verdad. Se imagina alguien que a un listo cualquiera de esos que sacan dinero de las piedras sin mancharse de polvo, se le ocurriera publicar los libros santos, tipo *La Biblia* o *El Corán*, por citar sólo un par de ellos, en rollos de papel higiénico. ¿Se lo imaginan? Las citas sagradas pasando por semejante parte del cuerpo supondrían una ofensa que desataría, sin tregua de tipo alguno, una nueva guerra mundial, una revuelta de proporciones inimaginables. ¡Menuda se lió con las caricaturas de Mahoma como para andar jugando! Y es que manda güevos la cosa con esto del fanatismo, oye. Dices por ejemplo que un icono sacro es un trozo de tarugo tallado con estilo por un imaginero, y te cortan los que cuelgan aunque el artista que lo hizo esté aún vivo y pueda asegurar que es de madera madera y que, en el cajón principal de su escritorio, tiene la factura de haber pagado el trozo de traviesa proveniente de la Cochinchina, cercana a la ciudad de Ho Chi Minh, a precio de oro. ¡Lo confundimos todo!

Pero, en fin... anacronías que existen y que poca solución tienen en este conglomerado lleno de ocultismos en que habitamos. Bueno, dejemos las cosas claras por si acaso, yo solo busco ser escritor y no pretendo editar nada en ningún tipo de soporte extraño. Con el NOTE BOOK tengo bastante, al menos por ahora, y espero que no me pongan una bomba debajo del culo para ascender a los cielos a dar explicaciones a nadie, porque aún no he decidido si deseo ir a ese lugar o quedarme vagando por el limbo –aunque el nuevo Papa diga ahora que no existe-, que debe ser el lugar más parecido a éste que exista en el reino de lo hiperbólico, que no sé qué es, pero que suena muy bien para rematar este capítulo. Tiene un cierto tufillo a infinito, a cinta de Moebius.

CATORCE

Entro en la calle donde está situado *El torero* y observo cómo la puerta que da acceso al recinto está petada de gente que aparenta ser feliz. Pombo Angulo, un escritor cántabro de quien nadie se acuerda, que fuera Premio Nacional de Literatura en este país gris, por no decir oscuro y perdido para estas cosas de las letras, dijo que *la ciencia de la felicidad consiste en huir*.

No deseo analizar la frase ni buscar el contexto en que estaba escrita. Primero, porque los libros, mis libros, se quedaron en la casa de Paula y, segundo, porque realmente me viene como anillo al dedo. No he hecho otra cosa desde que me marché. Lo confieso. Huir. Pero, huir de qué, de quién, o de quiénes. Esa es la sombra que no está bien dilucidada. El nudo gordiano por desamarrar.

No obstante, en mi descargo, debo decir que existe una diferencia entre la afirmación de Angulo y mi posición actual. Yo intento escapar hacia el interior. Es decir, caminar hacia mí, descubrirme, saber quién es esa persona que se asoma al espejo justo cuando yo lo hago y que siempre he identificado conmigo sabiendo que no es cierto, que es otra cosa; en todo caso, solo podría ser un reflejo de lo que aparento, nunca de lo que soy, que eso no se ve en los espejos. Por eso Borges les tenía tanto miedo, porque se encontró muchas veces con uno de sus desdobles y vivió acojonado la mayor parte de su vida, hasta que fue liberado por la ceguera del espanto que le producían las partes en que él mismo estaba conformado.

Tampoco es nada original lo que digo, es cierto. Pero, las flores, una vez cortadas, una vez apartadas del todo existencial de las que formaban parte, solo sirven para adornar, para engañar a los demás ofreciéndoles una belleza instantánea y fugaz a aquello que en realidad no la posee.

Son objetos muertos que van camino del crematorio universal... que buscan por naturaleza la desintegración que les devolverá al origen de todas las cosas.

Y eso a mí no me interesa, lo sé hace mucho tiempo. Así que seamos francos, pongamos en el NOTE BOOK lo que deba estar, sin barroquismos ni ampulosos excesos que a parte ninguna llevan, y dejemos que las flores cortadas se pudran en el jarrón en que fueron colocadas, con un poco de agua y una aspirina, por los que dominan el arte del engaño.

Miro hacia la puerta de acceso y se acaba de colocar en la entrada, como si me estuviera esperando, el culturista cachas, el matón de turno, el macho de la piara, el chulo barato de este antro al que me aproximo. Me mira y me saluda desde lejos, con aparente afabilidad, y con una sonrisa pegada a los labios como una tirita, de esas que se colocan para esconder alguna pústula asquerosa a la vista de los demás, o un corte no deseado al afeitarse.

No sé cuál circuito de la memoria se acaba de activar pero acabo de recordar que se llama Fernando y lo había olvidado. Dudo un instante en si darme la vuelta y largarme o entrar en el recinto en donde sé que me volveré a emborrachar y me tomaré además el cuarto de gramo de coca que traigo en la cartera. Es un vicio éste último que debo controlar, sobre todo por lo costoso que resulta. Cuando arreglé las cuentas con Javier, mi ex jefe, calculé que los réditos de la empresa y la indemnización, podrían darme para vivir de forma holgada algo más de un año. Por supuesto, coloqué el dinero en una cuenta que abrí ese día y que Paula desconoce. Hasta ahí podrían llegar las cosas después de todo.

Mientras me decido, acunado por una salsera y rítmica música que hace balancear los cuerpos de quienes me rodean, como si se hubiesen puesto de acuerdo al unísono, se me viene a la mente *No te salves*, un poema del fallecido Benedetti. El primer verso dice así: *No te quedes inmóvil al borde del camino...* Así que, rumiando el resto del poema me acerco al madelman y lo saludo.

-“¡Hombre, señor comisario, el otro día nos quedamos esperándole! –dice queriéndome agasajar o tocar los cojones, no me queda claro.

-“¡Gracias, Fernando, tuve cosas que hacer! –le suelto sin más preámbulos y paso al interior del local que, como la otra noche, está hasta las trancas de gente-. No me explico el vicio éste de los humanos por agruparnos en recintos cerrados, ponernos hasta el culo de alcohol y de lo que sea, solo con la banal intención de no querer reconocer que estamos solos, tremendamente solos en el mundo. Sin embargo, después de milenios de inteligencia compartida, de grandes avances científicos, de una evolución nada

comparable a la efectuada por el resto de especies, todavía nadie dice -excepto unos pocos de locos a los que poca o ninguna atención se les presta-, que ese tema no tiene solución, que por mucho que se mezclen, que se aglutinen haciendo masa, siempre, siempre, estarán deshabitados. Las horas que pasamos en estos oasis de fraternidad compartida -con personas desconocidas- lo único que nos proporcionan son más soledad: una nueva porción de insatisfacción y desarraigo porque solo estamos fingiendo o, en su caso, liberándonos de forma puntual de aquello que nos atosiga y agobia desde que nacimos: la orfandad. No queremos aceptar que somos seres únicos e irrepetibles. Nos asusta esa idea, nos proporciona un miedo escénico que nadie nos ha enseñado a sobrellevar con cierta dignidad. En fin, me voy haciendo hueco hasta la barra rozándome aquí y allá por entre el tumulto saltón y cuando llego, sin necesidad de abrir la boca, una de las camareras me está sirviendo un Legendario con Coca-cola.

-“¡Su copa, señor!” –dice con una pícaro sonrisa, a la que contesto con un gracias seco aunque adulador.

La camarera coloca los pechos encima de la barra, como si fueran tartas de cumpleaños a las que tengo que soplar las velas, y apagarlas todas sin ayuda de nadie, e, indicándome que acerque el oído a sus labios, cosa que hago, me informa de que el jefe ha dejado dicho que yo no debo pagar nada.

-“Qué suerte ¿no?” –continúa, mientras me dice que se llama Estrella, como la Morente, pero que ella por desgracia no sabe cantar.

-“¡Alguna otra habilidad tendrás, que no sólo de cantar se vive!” –le respondo, mientras ella aquilata los ojos y muestra de nuevo la rosa de su boca, esta vez de forma coqueta y agradecida.

QUINCE

*Recorred las playas cercanas...
Recorramos las playas cercanas...
Las vastas ruinas de la torre;
que caiga el velo del extraño arcano
lo demanda, lo impone el honor.
Brillará, así, la verdad execrable
como relámpago entre nubes de horror,
lo exige el honor.*

Recuerdo muy bien mi pueblo, Bérghamo, así como mi afición a la música y las lecciones magistrales de Johannes Simon Mayr. Luego

vino el Liceo Musicale de Bologna donde estudié el contrapunto con el padre Mattei y compuse *il pigmalione*, *L'Olimpiade* y *Líra d'aquille*. Después escribí *Enrico di Bologna* en Venecia, *Zoraira di Granata* y *Láio nell'imbarazzo* y vino mi ansiada marcha a Nápoles para dirigir el Teatro Real donde compuse *Anna Bolena*, *Lélisir d'amore*, *Parisina d'Este* y *María Estuardo*.

Una novela de Walter Scott *The bride of Lammermoor*, me subyugó de tal forma que compuse *Lucía de Lammermoor*, de donde he extraído lo que precede declamado por Normanno y el coro, en el Acto Primo, que de seguro os atormentará con el tiempo y no llegaréis siquiera a intuir porque vuestra inteligencia esta diseñada para resolver a corto plazo; para destruir, no para construir el mundo. Sois humanos y como tales, feroces animales sin conciencia de lo que hacéis. Animales. Vuestra única defensa es el ataque, pero esa estrofa os destrozará *¡como relámpago entre nubes de horror!*

¡Yo soy Donizetti! ¡Soy Donizetti, cojones! Y no hay razón alguna incluida en códigos sacros o profanos para que me maltratéis de esta forma. Soy un genio, y todavía debo componer entre otras cosas *La Favorita* y *Don Pascuale*. Me queda mucho trabajo por realizar. Aunque gritéis insistentemente en el infierno que os circunda... aunque juréis ante libros sagrados que sufro trastornos mentales, que me falla la memoria, el Ave Fénix reside en mí al igual que todas las cosas que existen y las que no existen. Vosotros no podéis entenderlo pero no puedo morir aún. No puedo. Siento decepcionaros. Eso está escrito en algún lugar del universo al que no tendréis jamás acceso y cuyos códigos desconoceréis siempre. Solo los iniciados en el arte de crear conocen su lenguaje y, a duras penas, con mucho esfuerzo, acceden a una de sus múltiples puertas cargados con el producto de su imaginación. Por mucho que me machaquéis con el rayo de vuestros asquerosos e inmundos puños no podréis matarme porque me esperan aún muchos elogios. Mi obra no está acabada, casi no ha hecho más que empezar.

...lo demanda, lo impone el honor.

No mataros, no ajusticiaros... que ese es un mundano y leve pago a vuestra acción: el que esperáis; al que estáis acostumbrados como el resto de la bazofia que compone la humanidad. No. Os superaré, me vengaré de vosotros escribiendo lo que sois: pura bazofia. Y aunque ahora esté aquí, en alguna zona de Madrid o de sus alrededores, arrugado y encogido, como un fardo abandonado hace decenios bajo la sombra de un viejo malacate que dejó de funcionar... aunque me encuentre en este lugar lleno de pestilentes

bolsas de basura, recompondré poco a poco *las vastas ruinas de la torre y brillará, así, la verdad execrable. Lo exige el honor, lo exige.* No lo olvidéis. No lo echéis en olvido aunque éste sea un requisito consustancial a la memoria para seguir subsistiendo como tal.

DIECISEIS

Miro el reloj y van a caer las tres de la mañana. *El Torero* sigue amalgamado con ramilletes de personas que se confunden entre sí, que se lanzan miradas lúbricas y retadoras, y que se mezclan o deshacen al ritmo de la música. La Morente no deja de ponerme copas y ya he ido dos veces al servicio a esnifar coca.

Cumplir las órdenes, lo que se dice acatar lo ordenado, Estrella lo hace a la perfección. No vacío la copa cuando ya tengo otra en cola acompañada de una de sus atrayentes sonrisas que me tienen hecho polvo.

Por fin, aparece el jefe acompañado de un individuo enchaquetado - ¿en verano, y con el calor que hace?- que se sitúan uno a cada flanco de mi rumboso cuerpo.

-“¿Cómo va Comisario? ¿Se acuerda de mí?” –dice al llegar, mientras me aprieta la mano con una fuerza inusual-. “¡Soy Esteban Martínez, el dueño!”

-“¡Hombre, claro, Esteban, cómo voy a olvidar a semejante anfitrión!”

-“Le presento al comisario Nazarino” –me dice, señalándome a su acompañante que, como el que no quiere la cosa, se abre la chaqueta, dejando ver una pistola cuyas cachas sobresalen de una funda negra bajo el sobaco izquierdo.

¡Me cago en la rehostia!, pienso, mientras de forma instintiva hecho una ojeada a la puerta, como queriendo buscar una salida rápida al lío en que estoy metido, pero me encuentro con la sonrisa burlona del culturista que me sostiene la mirada, y, a pesar del atracón que llevo encima, me doy cuenta, perfecta cuenta, de que Fernando, con los brazos en jarras -que cada uno es del tamaño de una de mis piernas- tapa toda la puerta de salida y por allí no saldría ni un caballo desbocado aunque lo intente infinidad de veces.

-“¡Hombre, Nazarino, es un placer! –silabeo con inquietud mientras le estrecho la mano, apretando lo que puedo, como para demostrar firmeza, pero, la mano de Nazarino es como de latex, se achucha como una muñeca de goma, sin deformarse, y sin que su rostro refleje dolor alguno, como si tal cosa no tuviera cabida en su existencia.

Nazarino, llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón, me muestra una placa y dice que me identifique. Sólo se me ocurre decir que he dejado la cartera en el hotel.

El comisario amigo del jefe -y cuando estaba diciendo que se tomaran una copa, que esto había que celebrarlo, que pagaba yo...- me pega un pellizco bajo las costillas con la mano izquierda, mientras posa la derecha en la culata de la pistola, que ahora no está a mi vista pero intuyo que la agarra firme con intención de sacarla.

Miro hacia atrás y me doy cuenta de que Nazarino no viene solo. Otro tipo, con cara de sabueso y rostro desmelenado, parecido a un macarra de pueblo, está a dos metros de mí sin perder puntada de lo que ocurre entre nosotros.

-“¡Mire, Comisario...!” -empiezo a decir, pero Nazarino me ha retorcido el brazo derecho sobre la espalda con tal maestría, que pareciera estar recogiendo una cortina sobre la hoja de una ventana en vez de partirme tal extremidad, que es lo que casi está haciendo, produciéndome un dolor agudo que no sé por qué oscura razón tengo la inquietante certeza de que no es más que el comienzo de lo que está por venir.

-“¡Camina para el fondo, hijo de puta! -ha dicho rechinando los dientes sobre mis oídos, y refregando su nauseabunda lengua por mi oreja.

Mientras camino sorteando a los colegas que mueven el culo al son de los *Depeche Mode*, pienso que nuevamente la he cagado... que Paula ha llevado siempre razón, que no soy más que un desgraciado con pretensiones histriónicas y nihilistas.

Vuelvo la cara y veo que marchó seguido -como si fuéramos una procesionaria recién descolgada de un pino enfermo- por el comisario, el jefe, el policía cateto y Fernando. ¡Una alegría, vamos! Antes de perder de vista la barra, tengo tiempo aún de ver a Estrella, que, a diferencia del culturista, me mira con cara de pena, de preocupación, o de ambas cosas.

¡A esta chica le gusto! -me digo a pesar de la difícil situación en que me encuentro, fruto quizá del enorme colocón que llevo encima que no me hace ver las cosas como son sino como únicamente pueden verse en mi estado.

DIECISIETE

ROSEBUD. Eso es lo último que dije antes de morir y, al igual que lo hice en vida... ahora que me dan por muerto, sigo gobernando el mundo porque nadie comprende lo que he querido decir. Una

palabra, una sola palabra, puede contener una idea en la mente de alguien, que haga que los sistemas que gobiernan el mundo se tambaleen como si un nuevo Apocalipsis hubiera aparecido en el horizonte terrenal. Lo sé muy bien. He vivido teniendo de rodillas ante mí, suplicando, pendientes no ya de las palabras que salen de mi boca sino de cualquier gesto extraño de mi imponente figura, al mundo entero.

Me llamo Robert Foster Kane. Yo fui quien dije: *No es demasiado difícil hacer dinero si lo que se desea es eso, sólo hacer dinero.*

La película que rodaron sobre mí, *Ciudadano Kane*, no es fiel a la verdad. Las palabras no pueden describir lo que los ojos ven o la mente elucubra. Una frase, un libro, una biblioteca entera si se quiere, no es más que una aproximación subjetiva a una realidad que es inaprehensible. Es más, a veces sólo sirven para confundir, y con ese destino por bandera fueron escritas por quienes se dedican a estas lides de la continua confusión, tan necesarias por otra parte, según ellos.

La totalidad de los tratados que se utilizan para formar a la humanidad, en cualquier lugar de esta pelota rocosa en que habitamos, fue diseñada y pulida con el objetivo de gobernar. No para enseñar ni generar luces que nos hagan comprender, no, sino para establecer caminos prefijados por otros, para anclar sombras en la mente colectiva, en el imaginario que nos alimenta y nos sostiene mientras vivimos. Esa es la síntesis de cualquier gobierno, de todos los gobiernos, educar en sus valores. O lo que es lo mismo, hacernos tragar todo cuanto se les antoje con tal de que nos comportemos de la forma que desean. Siguiendo al pie de la letra cada uno de los postulados establecidos para cada edad, cada género, cada lugar, cada tiempo...

Dichas esencias jurídicas, religiosas y políticas suponen el armazón esencial, la ferralla en la que se sostiene todo lo demás: que es la economía, el dinero.

La humanidad nunca pasó de ser una multitud de inocentes y cándidas criaturas perdidas en el desierto de sus anodinas existencias.

La película que hicieron sobre mí ha de ser entendida como la exposición que Platón hizo en *La Caverna* sobre el funcionamiento de las cosas y de los seres. Al final, si no hablamos con el guionista y con el productor -a los que nunca encontraremos-, y conocemos los intereses que les impulsaron a filmar eso y no otra cosa, nadie podrá saber qué cosa quise decir cuando dije ROSEBUD. El dinero y el control de la palabra circulante, de las ideas necesarias para calmar a la turba o exacerbarla a mi antojo, me ha permitido crear

otras verdades. Las mías. Tan engañosas como las nacidas en los demás semilleros de ideas; pero, éstas, fueron diseñadas a mi antojo por el puro placer de incordiar a los poderosos.

Así conquisté el poder y sometí a los más fuertes. Aniquilando, destruyendo las estructuras que hacían posible el mantenimiento de sus hasta ahora sólidos edificios y desalentando a la masa que los seguía para someterla y convertirla en mi aliada.

También conseguí de esta manera la gloria, el reconocimiento. Otra falacia que es necesaria en estos menesteres para poder consolidar un imperio.

Aunque todo lo realizado por mí a ojos de los demás transcurriera de forma aparente tal como las aspiraciones pulidas en mi cerebro indicaban, puede parecer mentira, pero... yo en realidad, sólo deseaba amor, ser querido. Y al no obtenerlo, al no encontrar lo único que en realidad anhelaba por encima de todas las cosas, a pesar de la influencia que llegué a atesorar, no me quedó más remedio que empezar a amarme a mí mismo. No podía contar con nadie en tamaña empresa. La experiencia me acuñó como un sello indeleble tal certeza. Recuerdo cómo, en una noche enneblinada, en mi palacio de Xanadu, rodeado de bosques en los que habitaban hasta monos traídos de los sitios más dispersos, tiraba al aire la pelota terráquea que controlaba a través de casi cuarenta periódicos, varias emisoras de radio y televisión, diferentes líneas de navegación, de comestibles, de combustibles... Pero nada me satisfacía. Lo esencial, lo que no soporto, es estar solo como siempre lo estuve, como fue la constante vital en la vereda de mi existencia a pesar del poder que he llegado a acumular y de todos los tesoros que poseo.

De esta forma, por exclusión social –la culpa no fue mía, recuérdenlo-, llegó un momento en que no necesité a nadie para andar la vida. La vida era yo. El mundo era yo. Y a los demás, al resto de bípedos que junto conmigo conforman la especie humana, no les quedó más remedio que hacer lo que les dijera o lo que les pidiera, que es lo mismo.

Soy Robert Foster Kane y os machacaré como a reptantes gusanos, que es lo que sois. Todos. El paso de los días dará fe de lo que digo, si es que puedo continuar escribiendo en el NOTE BOOK. Pagaréis con creces el tenerme aquí encerrado, herido y dolorido: amputado en mis sueños. Nadie me amilánará. Mi vuelo es más alto que el de cualquier carroñero. Al tiempo. Habéis olvidado que quien más sabe de sombras es el sol y que los lacayos de dios hacen en la Tierra lo que yo les digo. Porque, ellos, los representantes de los dioses en la tierra, siempre se vendieron al mejor postor o a los que más

beneficios les reportaron. La Historia está ahí para confirmarlo. Por mucho que busquen amañarla, desvirtuarla de contenido y añadirle enredos y mentiras para confundirnos, bajo sus sotanas se esconde Satanás con toda su corte: un gobernante frustrado aunque necesario para el guión de la novela. Un hijo ilegítimo de Dios, un bastardo. ¡Habrás visto tamaña afrenta!

Todo lo demás es una pantomima, una puesta en escena llena de rituales pomposos para confundir a los iletrados, a los más desdichados.

A los que entendieron y comprendieron el mecanismo y no quisieron ser sus aliados, a la menor oportunidad los derrocaron, los mataron, los quemaron en la pira expiatoria que se inventaron. Y lo siguen haciendo ante nuestras narices a día de hoy, ellos y todos sus aliados, que son muchos. Todos cuentan con una nómina ilimitada de fanáticos que esperan conseguir con su obcecada conducta un paraíso inexistente o un perdón innecesario y absurdo. Un teatro. Una obra de teatro cuyo libreto fue escrito con precisión al comienzo de nuestra convivencia y cuya puesta en escena se repite de forma incesante, como el único manual de campo que permitirá a la humanidad la salvación. Solo hemos de seguir al pie de la letra las consignas transmitidas desde lo etéreo o, en su caso, de los programas de gobierno públicos o privados. En todos lados hay espías de la sombra, de lo oculto. No sólo del Vaticano, sino de todos los gobiernos, de derecho o de facto, porque, ¿qué es una multinacional, si no? ¡Tiene cojones la cosa! Pero conmigo no podrán. No podrán aunque me maten.

DIECIOCHO

Nazarino me empuja en dirección a los aseos existentes en la planta baja. Antes de llegar a una puerta donde reza en letras doradas Dirección -que ya había visto con anterioridad en mis idas y venidas al servicio-, se para, mientras le dice al jefe que abra rápido. A mí, utilizando la mano izquierda, me endiña un trompazo en la alicatada y sucia pared, haciéndome limpiar, con los morros edulcorados de Legendario y acidulados de cocaína, las baldosas de tan interesante lugar -donde dejo mi firma marcada con la sangre que me sale de la nariz- que no sé por qué noto tan frías como deben estarlo en invierno las losas funerarias de mármol procedentes de Macael.

Una vez abierta la puerta, Nazarino me da un empujón con tal fiereza, que me caigo, a todo lo largo que soy, dentro de un lugar

oscuro mientras me tropiezo al paso con diverso mobiliario que no distingo.

-“¡Que bestia eres, Nazarino!, -dice el jefe.

-“¡Bestia, a este cabrón le voy yo a machar los huevos!

Cuando se hace la luz intento dilucidar en qué coño de lugar estoy, pero Nazarino y el culturista no me dan tiempo. Me izan del suelo, me agarran con dos pares de cojones, y el cateto empieza a soltarme trallazos con unos puños que ya hubiera querido para sí Cassius Clay en sus mejores tiempos, cuando era conocido como Muhammed Alí y no había quien le aguantara en el ring más de treinta segundos. Una máquina el cateto éste.

Como espectador ha quedado el jefe, quien, sentado tras un escritorio de madera en un mullido sillón, observa la fiesta mientras enciende un cohiba, seguro que cubano puro, con una tranquilidad pasmosa en el rostro. Da la impresión por su quietismo, que ha observado escenas de este tipo infinidad de veces. La sarta de trancazos es tan grande que, en pocos segundos, me desmadejo como una muñeca rota encontrada en un basurero y me quedo inconsciente pensando en sombras chinescas, guiñoles de feria y estrellas fugaces. Una combinación, habría que resaltar, un tanto extraña para conciliar un plácido y sereno sueño. No sé cuándo, me despierto con un dolor abrasador que ocupa todo mi cuerpo y veo, o creo ver -porque casi no puedo abrir los ojos- cómo el cateto me está rociando con aguardiente; cómo la bestia desbocada del paleta éste, está vertiendo sobre mí el líquido proveniente de dos botellas, que menea, en círculo -como para que se derramen antes-, con cada una de las mazas que porta el angelito por manos.

Por un momento pienso que me van a meter fuego y me convertiré en una tea resinosa que esparcirá mis serosidades por la sala, pero no. Se trata de una limpieza antiséptica. Parece que este individuo no es la primera vez que realiza tan original operación de tratamiento de las heridas. Quién sabe, quizá perdió la oportunidad de ser un magnífico enfermero, el pobre.

Miro al resto de contertulios de esta fiesta privada y están sentados alrededor del jefe, bebiendo en vasos chatos una ración de licor con hielo.

Me encuentro como si una locomotora del AVE Madrid-Sevilla hubiera pasado por encima de mí, en un tramo de esos en que coge los 350 kilómetros por hora, o algo por el estilo.

En un momento dado y mientras mis compis miran a un grupo de pantallas de televisión, cuyas imágenes deben reportarlas diferentes cámaras instaladas en *El Torero*, en estratégicos lugares, me doy cuenta de que me he meado encima. Debe ser cosa de la

próstata, que ya anda floja. O del miedo, he leído muchas veces que la gente se mea de miedo, incluso se caga. Mi camisa nueva de cuadritos, sin cuello, tipo Mao, está recubierta por una tortilla pestilente de vómitos y sangre. Mi sangre. Mis vómitos. Soy una nueva hostia por consagrar.

La sangre y la carne, el vino y el pan de un nuevo Cristo contemporáneo, a quien la marabunta inculta que conforma la sociedad en cualquier tiempo, ha apedreado y cargado con la cruz que simboliza los pecados del mundo y que yo he de portar como nuevo redentor. ¡Manda güevos! No sé por qué me atribuyen a mí, precisamente a mí, esta tarea de libertador, de salvador, que se me antoja tan improbable de cumplir como debió ocurrirles a los otros desdichados pillados in fraganti, en otras tantas historias como pululan por ahí empaquetadas en libros santos.

Aunque, si algunos se tomaron la molestia de dejarlas escritas, como lo han hecho, razones suficientes hay -si dispusieron de los billetes para hacer una buena campaña propagandística durante siglos y siglos en que estuvieron expandiendo una idea- para que se den por ciertas, aunque solo fuera por el cansancio de la machacona reiteración.

El hijo de puta de Poncio Pilatos se ha vuelto a lavar las manos, como es la norma.

-“¡Seré idiota!”, -me digo-. ¿Cómo me habré metido en este “fregao”? Y lo que es peor, ¿cómo coño voy a salir de ésta?

DIECINUEVE

No hay que hacer aprisa lo que es para siempre. Por eso, cuando el enemigo emplea el descaro y la intolerancia, hay que utilizar sus mismos métodos, pero, no con el imperativo de los filósofos de buhardilla... los literatos de salón o los escritores que solo lo son de palabra. Hay que utilizar otras fórmulas más sibilinas en donde la medida aparente sea la vestimenta del engaño, la máscara del acerado látigo que os restallará implacable en los ojos cegando la posibilidad de cualquier respuesta. Ése ha de ser el acorde principal. Me habéis hecho descender desde las recónditas tinieblas en que transitaba en vida a la más profunda noche con objeto de humillarme. Nada conseguiréis. Me tenéis aquí, solo, encarcelado; pero vosotros no sabéis que esta situación me sirve para crecer, incluso me ensalza y me engrandece. ¡Pobres ignorantes! Soy un hijo de las musas, y como tal, vivo en un estado de ensueño y juego permanentes, por lo que... éstas circunstancias, que vosotros pensáis que me hacen daño, que menoscaban mi fuerza, mi

integridad, sin embargo son las que me han llevado al lugar donde existo, que vosotros no podéis ni imaginar; son las que me proporcionan el alimento necesario para ser lo que soy. ¡Soy Faustus, imbéciles, el Doktor Faustus! Pero, qué sabréis vosotros, pobres ignoros, perdidos y enredados en míseras banalidades... ¿Qué sabréis de las cosas ocurridas durante todos los tiempos en nombre de Dios, de la Humanidad o del Derecho? Nada. He aprendido a oír con los ojos, que, como decía Shakespeare en un soneto, es una de las agudezas del amor. Pero, el amor, lo sé, contradiciendo al Bardo de Avon, no es el más fuerte de los sentidos aunque el dramaturgo británico se empeñe en ello; por encima de él y de todos los demás está el interés. ¡El rédito!

Nadie puede negar mi presencia entre vosotros. Aunque me han dado y me darán nombres muy diferentes a lo largo de la Historia, todos me lleváis dentro justo desde que nacéis, sin saberlo, grabado en vuestro subconsciente gracias a la machacona y persistente fuerza de infinitos rosarios, curiosamente rezados en honor de la otra cara de la moneda que represento, la que precisamente me da vida, me hace ser. Porque, mi existencia, mi diabólica si queréis existencia, es un aditamento necesario para la sagrada configuración de Dios. También, cómo no, para la credibilidad de sus representantes en la Tierra, especialmente para el Papa, a quien Lutero, uno de los grandes protestantes más cualificados conceptuaba de marrana del diablo, o sea, mía. La marrana del Papa es mía.

Goethe, el sabio universal de Weimar, decía que *el cristianismo era una revolución política que, fracasada, se hizo revolución moral*. Sí, revolución política ¿qué pasa, os escandalizáis? Y al no poder concretar en una ideología las palabras adecuadas para ganar la batalla, ni aún con el concurso de las armas, de la fuerza coercitiva, se hicieron fuerte en la teología, y ahí están, ejerciendo el poder desde sus atrincheradas catedrales. Y sin duda Goethe estaba en lo cierto; pero, esos perfiles tan nítidos sobre lo que nos rodea quedan exclusivamente para las lumbreras. Estáis abocados a vivir el infierno de los días con el único consuelo del más allá, de que hay algo más allá que ganaréis con el ejercicio del dolor, del rezo, de la adoración, de la creencia, de la fe y de un montón de jodiendas más. Habría mucho que hablar, mucho, sobre el poder. Sobre el poder real. Pero nada entenderíais aunque os desmenuzara la trama de esta historia expandida en todo lugar y todo tiempo como corsé necesario para manteneros ceñidos y domesticados.

Como decía Holofernes, ese bravo general asirio a las órdenes de Nabucodonosor, y que fuera asesinado por Judith: *...lo que poseo*

es un don. Sencillo, muy sencillo. Una imaginación extravagante, loca, llena de formas, de figuras, de objetos, de ideas, de sobresaltos, de cambios y transformaciones. El útero de la memoria las recibe, la matriz de la reflexión las nutre y nacen según la ocasión...

¡Soy Faustus, imbéciles! Fui creado por Thomas Mann, lo que aparentemente es cierto. También lo es que existen otros muchos que se atribuyen mi paternidad, por eso lo que os contaré a continuación de seguro que escapa a vuestras rústicas entendederas. Pero me esforzaré una vez más aunque de sobra sé que de nada valen prendas. A estas alturas ¡como para no saberlo! Mann no me inventó, ni mucho menos. Fui yo quien le dio vida a él así como a todas las demás personas que dicen ser mis creadores. Fui yo. ¡Yo!, Faustus, quien les dictó a sus paupérrimos subconscientes lo que debían o no manuscibir: letra por letra, coma por coma, punto por punto. Por eso, absurdas, incompetentes e iletradas hienas de pacotilla, el tenerme aquí encerrado en este agujero en donde resisto hablando conmigo mismo, me alimenta, me hace fuerte, y nunca, nunca, podréis comprenderlo.

VEINTE

Cuando lo cree oportuno no sé quién, el cateto y Fernando me tiran de los brazos aupándome del suelo -en donde estoy feneciendo, a mi parecer- como si estuvieran recogiendo una angarilla y, a rastras, como a un cadáver pesado y nauseabundo, me derriban más que me dejan en una silla que han colocado frente a las pantallas de televisión.

-“¡Mira, gilipollas!” –dice Nazarino, mientras extiende el brazo señalando a una de las paredes.

En la misma, como si de un estudio de televisión conectado a la NASA para retransmitir la salida del último trasbordador norteamericano se tratara, hay doce pantallas de televisión, doce.

Poco acostumbrado a estos menesteres de vigilar a los demás y más dado a idear situaciones que a contemplarlas, no sé en qué pantalla fijar lo que me queda de vista, que es poca, amoratada como debo de tener la cara, si es que queda algo de ella -de lo que fue, antes de que el cateto me hiciera el *lifting*.

Intento visualizar primero una y luego las otras comenzando por la izquierda. En la primera hay una tía rubia con los pechos al aire, sentada sobre un pavo, que, a su vez, está recostado sobre la taza del váter, sonriendo, con cara de bobo, mientras ambos se

empeñan en llevar a término lo que han iniciado. ¡Vamos, que se lo están pasando de aquella manera!

En la siguiente, hay una panorámica de lo que debe ser el aseo de señoras, donde un montón de chicas se retocan ojos, labios, pelo, etc.

La tercera corresponde al aseo de caballeros. Lo reconozco por algunos detalles. En ese momento, un tipo está cortando unas rayas de cocaína y otro prepara un rulillo para el esnife del polvo, mientras... un tercer acompañante, espera con gestos de impaciencia observando de reojo la puerta de entrada.

Así, una tras otra... hasta la última pantalla, que corresponde al pasillo que da entrada a los aseos y al cuarto del jefe donde nos encontramos.

-“¡Fernando, ponle la grabación!” –dice el jefe.

Al instante, en la tercera pantalla, aparezco yo. Yo como debía ser antes de que la apisonadora del cateto pasara por mi careto, claro, preparando un par de rayas que con rapidez y experiencia me meto entre pecho y espalda. Ora por un orificio nasal, ora por otro.

-“Conque Comisario ¿no?” –dice Nazarino, que hasta ahora ha estado callado, mientras me enseña mi cartera con la que juguetea entre las manos.

Yo hago un gesto aprendido, de resignación, pero, como desconozco el estado en que habrá quedado mi rostro actual, no sé qué cosa habré hecho porque, el cateto, como un huracán desatado, se viene para mí -o lo que queda de mí, habría que precisar- y me suelta un puñetazo que me hace caer de la silla, impulsado quizá por un resorte que debía estar escondido en la misma y del que no me percaté. Resultado, un trompazo enorme en la pared cercana, que resuena como si a un coco le hubieran dado con una martillo de picapedrero.

Me sientan nuevamente en el cadalso que tengo destinado exclusivamente para mi uso en estos instantes y, babeando sangre líquida sobre la reseca, intento mantener el tipo poniendo una cara hermética, sin movilidad posible, para que no haya más confusiones. Es curioso, pero ni se me pasa por la cabeza defenderme. Es... como si mi mente y mi cuerpo hubieran entendido que no vale la pena. Que soy merecedor del castigo o, más simple aún, que no hay escapatoria alguna y por ello la resignación es la única vereda que me está permitida transitar.

Exactamente el mismo camino señalado desde siempre para todos los humanos, aunque no deseemos comprender esta simpleza, que... sin embargo, explica mejor las relaciones de los

administradores con los administrados que un millón de libros de pedagogía.

Pero, ¿por qué he de recibir este correctivo y con tanta saña? ¿Qué malditos códigos he transgredido para ser merecedor de semejante trato? Queda claro por las grabaciones, que, desde el principio, me estaban vigilando, al igual que hacen con todo el mundo, pero, supongo, quiero suponer, que no a todos los tratan como están haciendo conmigo, con tanta inquina. ¿Qué razones hay entonces? ¿El haberme hecho pasar por comisario? ¡Es eso! Pues, menos mal que he conocido a este clan hace poco, porque, llevo toda la vida aparentando ser lo que no soy. ¡Y lo que me queda! Bueno, si estas bestias lo autorizan, claro.

VEINTIUNO

Monipodio, el jefe de los ladrones en *Rinconete y Cortadillo* ha ordenado que me encierren aquí. Bueno, así habrá de ser, supongo. *¿De qué tierra es vuesa merced y para donde bueno camina?* – pregunta una voz que no sé de dónde sale, pero que resuena en mi cerebro como si, por un maleficio extraño, llevara allí mucho tiempo esculpida en alguna de las pocas neuronas de que dispongo.

Mi tierra no la sé, ni para dónde camino tampoco, le he contestado a bote pronto, como si un automatismo diseñado a tal efecto hubiera estimado por mí que eso es lo que corresponde responder y no otra cosa. Que de nada valen inventos.

Quizá sea lo mejor en este mundo de fantasmas, comportarse como uno más de ellos. De seguro que esto, estas extrañas e incomprensibles intromisiones que no entiendo, es lo que más conveniente a la trama de lo que se escribe aunque yo no lo sepa. El caso es que, mientras escribo en el NOTE BOOK, en este lugar en que estoy, que no sé exactamente en dónde está, pero que es lo más parecido a una mazmorra medieval que soy capaz de imaginar -aunque debo admitir que me fío poco o nada de mi salud mental como para ponerle nombres a las cosas-, y que, de vez en vez, alucinado por la cocaína y por el Legendario, que tomo en demasía y de los que dispongo a placer -regalo del jefe, dijo el cateto cuando los trajo-, la única distracción que me queda cuando no estoy dando vueltas y más vueltas por el espacio disponible, cuya amplitud, diseño y forma varían a cada momento por no sé qué rarezas del destino, es escribir. Escribir y escribir. Es lo que hay.

Pero... ¿cómo luchar contra las adversidades que me envuelven en esta nube de hechizos si no conozco al enemigo? Y si el enemigo -ese que me lleva a mal traer- soy yo. Yo que no me conozco. Yo

que no tengo ni idea de lo que soy. Yo que no sé qué hago aquí. Yo que nunca me enteré de cómo iba esto de la vida. Yo que tengo claro clarísimo que nunca lo sabré. Yo.

El anverso y el reverso, la nada y el todo, la dependencia y la autosuficiencia, el bien y el mal, lo negro y lo blanco, Dios y el Diablo, lo tuyo y lo mío, esto y lo otro... La moneda. Dos caras diferentes para identificar un mismo objeto. Cara o cruz. Pero, ¿y si fuera solo canto? Es decir, que cada vez que me tiran al aire, caigo de canto; siempre de canto. Aunque solo fuera por temor a definirme. Aunque fuese por no llamar la atención por miedo a descubrir mi pequeñez, mi bien definida insignificancia. ¿Y si fuera eso lo que me mantiene aquí y por eso huyo sin cesar? ¿Y si en realidad viviera en una isla habitada solo por mí? En fin...

Además, ustedes no lo creerán, pero he llegado a la conclusión de que a los escritores los tienen encerrados en burbujas parecidas a ésta y además, nunca mueren. Lo que no entiendo es por qué me han confundido a mí con un escritor, con minúsculas, esta vez con minúsculas. Debe de haber un error. Alguien ha cometido un desliz irreparable, me temo. ¿O es que cualquiera puede serlo? ¿Todo aquel que escribe es escritor? La cantidad de bazofia que existe en el mercado, y además, vende la rehostia, destinada a individuos con dos dedos escasos de sesera ¿también es literatura? ¡Vamos... vamos!

Lo que sí es cierto es que no sé por qué alteración del tiempo, los buenos escritores han vencido a la muerte y pueden -lo único que se les permite, otra cosa sería desvariar- visitar a otros colegas mientras continúan desarrollando su obra, pero, el producto de su trabajo una vez que han fallecido, no puede ser observado por los vivos y solo permite el prodigio en que están inmersos que sea leída o discutida entre ellos.

Lo cual me podría llevar a inducir que... quien escribe esto, en este cuaderno de cuadritos, también está muerto, o sea, que al cateto y a los otros mindundis que me apresaron se les fue la mano y ando enterrado en algún cementerio o he salido por la chimenea de algún crematorio convertido en gases pestilentes.

Mientras estoy con estas diatribas, una zíngara con todos los cachivaches propios de su atuendo, aparece ante mis ojos y dice:

-“*¿Tan malo es ser poeta?*”

-“*No hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene.*” –contestóle un coro de extramuros a La Gitanilla, quien hizo un mohín inquisitorio, mientras se meneaba con salero la falda de volantes, dejando ver unos

zapatos de tacones claveteados que váyase a saber quien le regaló o en qué lugar los apañó.

-“¿Quién podría discutir eso? Nadie.” –dice Cervantes, que acaba de llegar vestidito de negro, que escribiría Lorca, mientras se tapa con la capa el lugar en que debía estar el otrora fuerte brazo, ese que luchara en Lepanto, o en Argel, y que tanto espadazo diera al turco.

Ahora, pobre de él, lo lleva en cabestrillo, amorcillado y más seco que un tasajo para desdicha de quien se sintió siempre un soldado dispuesto a defender a capa y espada lo que se terciare.

A punto estuve, aunque me contuve a tiempo, de preguntar si él era, en esencia, un puñetero mercenario tipo Blackwater, dispuesto a defender a lascazo limpio causas ajenas, o esa descripción, por errónea, podría resultarle ofensiva. Si su vocación, por aquello de los gustos, siempre fue la espada y la adarga, dispuesto siempre a embarcarse en lo que fuere con tal de cobrar unos buenos estipendios. Y sobre todo, que es lo que más me interesaba ¿si la literatura no fue más que un deseo de matar a los otros, aunque ahora de forma ficticia?

Pero, su aguda mirada me detuvo. Cervantes me examina ¡oh, gloria del Parnaso! como a un colega, y yo, acalambrado y asustado como un niño perdido en los San Fermín, enfrente a este morlaco negro de las letras, y digo, tenue, como el volar de una mariposa reina, lo siguiente:

-“¿Qué hace usted aquí, Don Miguel?”

-“Me dijeron que había llegado uno nuevo y he venido a calibrar su estilo.” –dijo, sin parpadear siquiera, y como si estuviera en el salón de su alquilada y siempre impagada casa.

-“¿Mi estilo? Pero... ¿si yo sólo he escrito lo que hay en este cuaderno?” –le digo, enseñándole el ESTATUS 5 EUROPEAN, que me tiembla en las manos como si pesara varias arrobas.

-“¡Qué suerte tiene usted, caballero! –responde-. En mi época, si yo hubiera dispuesto de semejantes herramientas, de equivalentes recados de escribir como vuesa merced oficia, con esos bolígrafos de diferentes colores, con esos lápices que hay ahora con goma y todo, y esos cuadernos en cuyas hojas da gusto rotular, mi obra hubiera sido más, mucho más prolífica. Puede incluso, y así lo he dicho en alguna que otra tertulia recientemente, que no hubiera quedado para la Historia como un mal dramaturgo y un peor poeta. Especialmente grato para mí hubiera sido darle un revolcón al necio de Lope de Vega, pero, en fin...”

>>“¿Le han visitado ya otros escritores, señor? –pregunta.

-“Bueno... han pasado por aquí Donizetti, Robert Foster Kane y el Doktor Faustus, un personaje de Thomas Mann, no sé si le conoce vuesa merced.”

-“¡Poca cosa! No deje entrar en su memoria a cualquiera. Guarde en ella solo lo que es importante. Mire, le diré una cosa imprescindible para usted y para su futuro. No lea más que aquello que le produzca placer. Cuando empiece un libro, si a las veinte páginas no queda asombrado, tómese la molestia de quemarlo. Les ahorrará a otras personas tener que perder el tiempo.”

>>“Y ahora, caballero -dijo levantándose-, debo partir, he quedado con Shakespeare, al único que le tengo respeto de mis contemporáneos. Aunque también están invitados de Montaigne, Goethe y Dante, que pudiéramos afirmar que son tolerables, aunque nada del otro mundo a pesar de lo que ellos piensan.”

>>“¡Vamos, Gregorio!” –dijo, y de los bajos de mi cama salió no sin aprietos, una especie de cucaracha gigante que comenzó a caminar con mucha dificultad tras de él.

-“¡Gregorio Samsa!” –digo en voz alta, cuando le reconozco.

-“¡Sí! –dijo el príncipe de los ingenios-. Lo saco a pasear para que no se anquilese del todo, porque, Kafka, a pesar de lo que la gente piensa, no ha finalizado aún El Proceso en que anda inmerso.”

-“¡Brrruuuuaaa!” –dijo Samsa al marcharse, mientras levantaba una de sus múltiples patas. Exclamación completamente desconocida para mí y que no sé qué querrá decir en el idioma de las cucarachas ficticias, pero que yo, por el tono, entendí debía aceptar como una despedida cordial.

VEINTIDOS

Si supiera manejar las planchas metálicas como Gargallo, deformaría la estructura del mundo a mi antojo, convirtiendo las escondidas sombras del poder que nos mal gobierna en caca de gallina: en reciclado estiércol con el que configurar un nuevo sistema que nos organice. Es claro que eso ya lo intentaron muchos y de nada les valió, excepto para encontrarse a bocajarro con la horca, la pira crematoria o la deportación en el mejor de los casos.

Hoy se utilizan otros medios más sutiles para aniquilarnos y menos públicos. Recuerdo en estos instantes de intenso dolor psíquico - ¿puede lo inmaterial producir dolor?-, desmadejado como estoy en esta silla, mientras miro –es un decir, más bien adivino- al cuarteto de cernícalos que me tienen aquí con no se sabe qué oscuras intenciones, cómo, en una visita al Reina Sofía, lejana, muy lejana en el tiempo, o al menos eso me parece, Chillida, en una gran pieza

de acero corten, grandiosa en la forma, inmensa sinuosidad metálica, que en algún lado estará si no la han fundido nuevamente, escribió lo siguiente en homenaje a Juan Gris.

Algo que no entendí muy bien entonces, pero ahora sí:

DESDE

LOS LÍMITES

QUE TÚ CONOCES

TE SALUDO GRIS

GRIS DIFÍCIL

INTROVERTIDO

GRIS

GRIS CONCISO.

¿Cuáles son esos límites a los que se refería Chillida? ¿Cuáles son los límites de la resistencia humana? ¿Y los del conocimiento? ¿Por qué oscuros baluartes de la genética la vida se enquistaba en obstinada torre, donde aguantar un asalto y otro, y otro, de la muerte, hasta que se abandona, reblandecida, hecha tierra, convertida en arena de desierto, que se filtra, grano a grano entre los dedos de un Dios inexistente? ¿Qué nos hace seguir caminando, buscando luces limpias, sin sombras, sabiendo como sabemos que la estabilidad no existe y que todo es transitorio? La vida se me antoja, en estos momentos de dolor, similar a una greguería de Gómez de la Serna: una mezcla de humor y metáfora que nos mantiene distraídos. Obnubilados. Entretenidos en nuestra candidez, en nuestra infantil simpleza.

El paraíso es una puta –o un puto, según- de lujo que ansiamos pero nunca alcanzaremos porque no existe. No hay paraísos en la tierra –al menos de forma permanente y continua-, y mucho menos fuera de ella. Por eso escribo en el NOTE BOOK. Porque escribir es un modo de no vivir, o de vivir en otro espacio, en otro lugar donde cada cual impone las normas a su antojo. Si lo desea, se salta a la piola la métrica, la sintaxis, la filología y la lingüística de este o de aquel idioma, porque le sale sin más de la entrepierna a quien garabatea letras.

Escribir es una forma de crear que, en principio, al menos mientras se elabora... mientras se cuece lo que se estampa en el papel, escapa al control de los dioses pretéritos y venideros. De ahí las quemaduras de libros, las cazas de brujas, los juicios sumarísimos... la barbarie que persigue a los diferentes. Para los que mandan lo mejor es que los subordinados no tengan voz. Y en caso de que debieran tenerla o la tengan, que sólo canten o píen o digan aquello que conviene.

Lo que se escribe –pensando, elucubrando, matizando...- también se escapa a todos los satélites luciferinos o malvados que circunvalan más o menos elípticamente alrededor de los dioses, como lunas de un planeta base.

Sin demonios no hay dioses, ya lo dijo antes el propio Faustus.

Qué más puedo decir yo, entonces, y más en estas circunstancias. Escribir es una manera de soñar incrustada en la vigilia, no en el sueño que enajena. Escribir es pintar con palabras, es escenificar con diálogos, es cincelar sin buriles... Cualquier voz, cualquier grafía, incluso sin sentido aparente, un grito mismo, una garabato, un jeroglífico, es un féretro donde yacen multitud de ideas, de pensamientos cuyos significados esperan ser interpretados.

Por todos o por nadie, no importa. Al escritor, mientras escribe, le da igual o le debiera dar igual lo que se entienda. Que se malinterprete o no, le importa una higa. A veces pienso que la comunicación total, de forma integral como se dice ahora, no existe más que en la mente de los poetas. Esos privilegiados seres que rozan de igual manera, merced a su creatividad, tanto la sima del infierno como las cúpulas de lo excelso, de lo divino. Cuando pueden, o los hados les son favorables, claro.

Con esto de la creación se tiene una gran confusión que pocas veces se aclara, porque, para los más, resulta imposible acceder al concepto y de esa manera es imposible que se explique nada. Ocurre lo mismo con la noción que se tiene de los terremotos; esa que sustenta la absurda quimera de que los movimientos de tierra matan, pueden matar, y no es cierto. Lo que mata, lo que añade dolor y sangre a nuestra incierta vida es la calidad del edificio en que residamos, su resistencia. Si el terremoto nos pilla andando por una pradera de margaritas en medio del campo, o en el mar, en un barco, sentiremos si acaso un movimiento, una leve borrachera pero nada nos caerá encima. Lo que mata son las estructuras, los edificios mal ejecutados. Como el que propicia la guerra, la insolidaridad, las pandemias... La sociedad mal constituida. ¡Ésa es la que nos mata!

Hermann Kraus decía que la *música se parece en algo al mar: no crea los sentimientos ni los cría, pero multiplica infinitamente su tamaño*. La mentira es como el mar y la música de Kraus. Algo recurrente e imparable como las olas o los sonidos: siempre lamiendo nuestros sentidos o acariciando la orilla de lo que somos. Confundiéndonos.

¡Somos antropófagos! Cualquiera de nosotros matará si las circunstancias les vienen mal dadas o el camino ancho se convierte en angostura. Cómo entender si no esa reliquia consuetudinaria que

es la eucaristía. Cómo entender la muerte ajena en nombre de un dios, de cualquier dios. Cómo entender la muerte por un mero símbolo: el que representa un paño de colores: una bandera. Cualquier bandera. Cómo entender que vivimos en países civilizados, según nos soplan en la oreja una y otra vez los que rigen nuestros destinos.

¡Qué clase de civilización es ésta! ¡Vamos... vamos!

VEINTITRES

Hoy me he despertado soturno, apelmazado, será porque duermo poco o nada para ser riguroso. La cocaína y el Legendario no me dejan. Estoy de forma permanente virando entre una duermevela y el baile de San Vito. Además debo tener las pupilas empañadas de sal, mohínas. No veo con claridad. Ni con los ojos ni con la mente, que es con la que verdaderamente se ve aunque pensemos lo contrario. No encuentro el motivo del cautiverio al que estoy siendo sometido.

A pesar de todo, en un intento por remontar mi lánguido estado actual me meto unas rayas y le doy un lingotazo a la botella. No me alimento hace días, pero el apetito se ha marchado de viaje, fuera de mi cuerpo. No necesito más sustento que el que poseo: mis pensamientos, la coca y el ron añejo.

Mi situación podría clasificarse de infeliz, pero se bien que la felicidad no existe, que es otra flor cortada por el sistema, de esas que se marchitan con tal de que pensemos seriamente en su finalidad, en su obscura trivialidad.

Sin embargo, poseo la libertad de todos los inmigrantes políticos, la de todos los desterrados: el saber a qué lugares no puedo ir. Yo, ahora, no puedo estar -¿o es debo, no debo estar?- fuera, con los demás, tengo que vivir aquí. ¿Por qué? ¡No lo sé! Pero, al menos, sé que es aquí en dónde me corresponde residir. ¿Hasta cuándo? ¡Ni idea! Pero sé que este es mi penal y que poseo lo necesario para resistir. Eso es la vida y no otra cosa. ¡Ya es bastante saber, por tanto!

Muchas, por no decir todas las personas que están fuera -¿de mí?-, nada saben sobre hacia qué lugares caminan. Nada más siguen, sin poder pensar en otra cosa, la senda marcada por las sandalias peregrinas de los que nos precedieron. ¡Como si las leyes fueran inmutables!

Un itinerario diseñado en el inicio del tiempo. Organizado de forma metódica por los primeros gobernantes una vez que se comprendió que era mejor vivir agrupados para poder garantizar la defensa de

lo nuestro, ante los ataques rapiñeros de los otros. Pero nadie, nadie aún, ha dado explicación más allá de los absurdos bulos manejados por las religiones. Esos entes encargados, ahora y siempre, de mantener la cohesión sólo por exclusivos intereses grupales y personales.

¿Por qué he de preocuparme entonces? ¿Por qué?

La vida se (me) va difuminando como las marinas de Sorolla, esos cuadros en donde los rasgos de la gente y de las cosas sólo se concretan cuando las observas desde lejos, en la distancia. Desconozco cuál es mi apariencia actual. Imagino que lamentable. Tampoco importa. A lo mejor, visto de lejos, en la distancia, tengo algún sentido; pero, para constatar eso, habrá que esperar que el reloj continúe marcando horas, contando minutos, y, entonces, mi cuerpo y todo lo demás que soy, irá empequeñeciéndose poco a poco, reduciéndose, soltando cascarillas hasta que llegue al esqueleto, y algún tiempo más tarde la arenilla restante se la habrá llevado el viento vete a saber dónde. La gramola que hace sonar la sinfonía del universo habrá musicado por una sola y única vez el libreto que fui. Nadie jamás ni en este ni en otro ficticio mundo sabrá algo de mí, recordará que anduve por aquí, que tuve pensamientos, sentimientos, que fui ofendido, que fui querido por unos pocos, odiado por otros tantos, que...

Quizá me venga bien estar apartado del mundo para comprender el mundo. Puede que sea la única forma de hacerlo. Puede que la justificación inicial de la existencia de todos los monjes y de todos los anacoretas fuera esa y no otra. ¡A saber!

Esta tarde ha venido Rudyard Kipling. Traía colgado del cuello un collar luminoso: *El Collar Sagrado*. En la profundidad de sus ojos, estabilizada como una postal, puede verse la inmensidad de una mar serena que es aumentada de forma considerable por sus lentes. Por encima de sus aguas calmas, como dibujando graznidos, algunas gaviotas de Alberti hacen piruetas buscando algún objetivo libertario, quizá la necesidad de la independencia de la India. ¡Alberti siempre con lo mismo! ¡Marinero en tierra!

-*No pretenda medir el océano con una cuchara.* –dice Kipling.

-“Bueno, Mister Kipling, yo sólo deseo escribir algo con sentido. Solo eso.” –le contesto, mientras adopto una postura correcta y me arreglo algo el cabello, que noto como un estropajo hecho de una maroma vieja.

Me anonada este hombre. Su serena quietud. Y más aún si cabe que pueda verme -¿por qué?- en esta situación tan deplorable. Tan correcto él, tan estirado en su traje de paño inglés, tan requeteafeitado mostrando su fuerte mostacho de pelo pincho, y yo,

en calzoncillos, sucio, desgredado y hecho un desastre, que es como me acabo de dar cuenta que estoy, porque, verme, lo que se dice verme de cuerpo entero, no me veo hace tiempo ya que no tengo espejo alguno donde hacerlo.

Pero el único espejo que puede identificarnos como somos no está hecho de vidrio pulido y plano, como pensamos. Es la mirada de los demás, la mirada de los otros la que conforma el espejo por excelencia, y esa imagen devuelta por retinas curiosas e inquisitorias es la que nos cohibe en todo caso. Sin ese examen ajeno, extraño, raro, al que estamos de forma constante sometidos, y que nos apabulla cierto resorte inexplicable en algún lugar del cerebro, que nos da un aviso que nos ruboriza o nos aturde en todo caso, viviríamos en andrajos, como una suerte de trogloditas contemporáneos.

Porque, nos arreglamos, nos acicalamos... para los demás. Si estas visitas continúan debería buscarle remedio a esto. Samsa, a mi lado, a pesar de que no se ha lavado nunca porque no es capaz de controlar sus innumerables patasmanos, es, en estos momentos – pienso-, un efebo recién bañado en aguas termales... rasurado, locionado y aceitado para el disfrute del César comparado conmigo. Por un instante me doy asco, pero se me pasa rápido.

-Un proverbio de mi país dice que un ratón, habiendo encontrado una planta de azafrán, quiso abrir una tienda de droguería. – continúa Kipling, sereno y estable como sus brillantes ojos.

-“¡Bueno... yo solo escribo en el NOTE BOOK!” –digo, cohibido y algo amedrentado.

-¡Sí, eso ya lo veo! Pero, si no cuida lo que escribe y no ata lo escrito a lo que de verdad piensa -al igual que una madre amarra por siempre el grito a la memoria de un hijo muerto, de tal forma que llanto y ausencia son una misma cosa-, usted, aunque esté haciendo ficción, según parece, será un sombrero que se lleva el viento. ¿Entiende, caballero?

Yo... ¡Yo me acojono con el Kipling este! ¿A qué ha venido el tío éste aquí, a decirme que no sé escribir, a insinuarme que no tengo ni puñetera idea de lo que ando haciendo? Para eso no hace falta que venga nadie, soy consciente de ello. Además, se presenta así, arregladito y todo, duchadito, peinado, vestidito como un figurín inglés para tomar el té ¡pues no hay té ni hostias! ¡Que se entere de una vez! Y si no domina mi idioma que llame a Zenobia Camprubí, que para eso fue su traductora en castellano, y que ésta, con permiso del insoportable Juanra, le explique al señoritingo lo que hay. Si quiere, que beba ron o se vaya con viento fresco a los salones de la reina de Inglaterra ¡cojones!

Pero, no dejo de reconocer que, aparte de cabrearme un güevo sus palabras, sé que está dando en la diana, que este asunto de escribir no consiste solo en poner una letra detrás de otra, que debe de haber algo más... algo más que no sé si lo escrito en este cuaderno contiene.

En fin, que el mister me deja preocupado. Tanto tanto, que me entra hambre por primera vez. Siento un retortijón en el estómago y me empieza a arder, como deben hacerlo las calderas de un barco de vapor, que piden y piden alimento sin cesar para no dejar de girar las palas que lo hacen navegar... tener sentido en sí mismo.

Comer es una necesidad que hasta ahora he olvidado. El vapor que impulsa a mi organismo, tarde o temprano se resentirá y quedará varado en alguna playa desierta, a la espera de que me desguacen los pájaros carroñeros o que me entierren. Que me eliminen de tal forma que no quede vestigio de mí ni en los recuerdos, ese lugar en donde se archivan cosas para recuperarlas cuando se desea.

Me temo que el alcohol y la cocaína no es el mejor sustento, pero, por ahora, no dispongo de otros, y lo que es más sospechoso y preocupante, tampoco los quiero. Con Kipling he tenido un momento de debilidad, solo eso.

Nada más marcharse, que ni dijo adiós ni hostia -a lo mejor hasta se enfadó el pijo éste por la historia del dichoso té que no le ofrecí-, me tomo un raya y media botella, para equilibrar el pasmo que me ha dejado en el cuerpo.

¡Joder, con el Nobel!

VEINTICUATRO

-“Bueno... vamos a aclarar las cosas con el imbécil éste de una vez. No creo que sea necesario perder más tiempo.” –ha dicho el Jefe.

-“Yo creo que es un simple gilipolla, ya te lo he dicho.” –ha mascullado Nazarino.

-“¡Sí, pero no me fío, no me fío ni de mi sombra! ¡Te enteras, Nazarino! En estos momentos está en juego mucha pasta y no quiero merodeando por aquí ninguna historia que me ponga nervioso. Para eso te pago. A ti, a éste, a éste, y a otros muchos. Así que no quiero sobresaltos. ¡No quiero ningún problema más hasta que el material esté en su sitio! ¿Queda claro?”

-“¡Muy claro!” –ha vuelto a contestar Nazarino-. “Del jambo éste me ocupo yo. Ya he revisado su ficha y es un soplapollas. No tiene nada que ver con la policía. Eso es un farol que se ha tirado ¡vete a saber por qué! Lo mismo podría haber dicho que era astronauta o camionero.

>>Es de Huelva, pero nada tiene que ver con lo nuestro. Ha trabajado como asesor de un politicucho durante los últimos años, haciéndole trabajos de todo tipo.

>>Un chico de los recados, eso es.

>>Un lameculos.

>>Tenía con su jefe, además, algunas acciones de una inmobiliaria, pero le vendió su parte hace un par de semanas. Lo he comprobado en el Registro.

>>Está casado y tiene tres hijos que trabajan en sitios normales y no están en la movida, y, su mujer, su mujer hace seis días que se marchó de viaje con un tipo separado..., a Irlanda, a Dublín, allí tiene reservado un nidito en un hotel para un mes.

>>Es un cornudo, un jodido cornudo como hay tantos, que va por ahí emborrachándose a ver de qué manera olvida lo que tiene encima: el peso que tiene en la azotea que no le deja dormir.

>> ¡Ya está!

>>De todas formas, para que no te agobies con el asunto, lo pondré en cuarentena hasta que todo acabe.

>>Yo respondo de él hasta que la operación se haga, hasta que el material se haya entregado.

>> ¿Te parece bien? ¿Te quedas así más tranquilo?” –dijo Nazarino como por partes, midiendo las palabras.

–“Pues ea, ¡marchando! No le demos más vueltas a esto que tengo muchas cosas que hacer. ¡Lleváoslo ya!” –dijo el jefe, mientras se oía un arrastrar de sillas.

>> ¡Pero no quiero ni un fallo, ni uno! ¿Entendido?” –dijo al largarse, mientras abría una puerta y la cerraba dejando entrar una algarada de música estridente y de voces ininteligibles: las que hacían menear el culo a la gente que debía estar aún en el piso superior, moviendo el esqueleto.

Esta habitación debe tener un aislamiento parecido al bunker de Hitler en Berlín o al que tiene el residente de La Moncloa. Entrás aquí y estás en otra dimensión, en otro mundo. ¡Cuántos mundos en el mundo!

–“¡Vamos, artista!” –ha dicho el cateto, mientras me palmeaba la espalda haciéndome salir de mis cavilaciones.

Me he levantado raudo, a pesar del dolor que atraviesa mi cuerpo alambrándome cada célula, como un mecano al que han accionado el adecuado resorte con una fulminante descarga eléctrica, por evitar si pudiera otra andanada de hostias. Hay que ver lo pronto que nos acostumbremos los seres vivos a responder ante las nuevas incitaciones, especialmente a aquellas que transitan con dolor. Acción, reacción. Estímulo, respuesta. Orden, ejecución...

Me han sacado por una puerta que da a una calle oscura y nada transitada. Debe ser la parte trasera del edificio. Mientras camino, dando tumbos, el cateto me lleva agarrado débilmente del brazo, pero yo se que es una treta suya, que realmente me lleva asido el capitán James Hook, más conocido por el capitán Garfio, ese personaje secundario ideado por Matthew Barrie en Peter Pan, y que estoy a merced de su tremenda y estilizada pinza defensora. Apenas veo, por lo que voy tropezándome con objetos variopintos y polimórficos, que a duras penas identifico por el sonido cuando ruedan o se desplazan. Cubos de basura, cajas de plástico, botellas vacías y otra serie de cosas... Luego, me han introducido en un coche.

Antes de partir, Nazarino ha dicho:

-“¡Espera! ¡Entra, y tráete tres cajas de Legendario!”

-“¿Para qué?” –pregunta el cateto.

-“¡Tú haz lo que te digo y no preguntes, idiota!”

El macarra de pueblo ha dado un estridente portazo al salir y en un pis pas ha cargado en el maletero el encargo. El coche ha crujido por tres veces aquejado por el peso. Por mi parte, entre la borrachera, la cocaína, y la paliza tan descomunal que llevo encima, no tengo interés alguno en saber adónde voy ni qué cojones temen de mí estos transeúntes de las cloacas, estos habitantes de lo oscuro. Mi vida es un corcho que flota al paio de corrientes exteriores que no domino. Como la de todos, me digo para consolarme.

VEINTICINCO

Nadie, nunca, me ha podido ver ni tres ni dos ni una vez siquiera - aunque lo haya intentado de manera denodada- como soy. Tampoco podrá hacerlo en el futuro. Quienes pretendan conocerme, saber qué cosa es esto que se configura en mí en cada millonésima de segundo que transcurre, conformando algo diferente, ajeno a lo que fui, son unos ignorantes y están aquejados de una arrogancia impuesta por el sistema en que han sido educados y que a todos aflige. Están cómodamente aupados sobre cegueras corticales que el orgullo les impide explorar. Por tanto, tampoco están capacitados para reconocerse a sí mismos y mucho menos para juzgar a nadie, aunque lleven togas tan negras como el diablo y muestren títulos que para esos menesteres les facultan.

El pensamiento circulante, en donde la razón está compilada, inmutable en el tiempo, en arcaicos y obsoletos códigos que nos obligan, como ya dije en algún lugar del NOTE BOOK, no puede dar

otro resultado que mantenernos atados a la ignorancia. Nuestro nivel de comprensión no es que sea escaso, es nulo. Sería necesario despojarse de infinidad de capas que el tiempo y eso que llaman el derecho consuetudinario o la cultura del lugar, como se desee, nos han ido amalgamando sobre el cuerpo, como escamas plateadas, idénticas y uniformes, que a todos pretende igualar en un canto a la clonicidad que no está en la naturaleza.

Quitarse, con saña, una a una, las diferentes capas de hojas de cebolla hasta llegar al bulbo primigenio, a la insignificancia que comporta el ser humano, como diría Günter Grass, quien, por cierto, está sentado en un rincón de la sala, fumando en pipa y mirándome con extrañeza, no es nada fácil.

Sólo hay que revisar las críticas que le han supuesto a Grass el haber escrito *Pelando la Cebolla* para comprender esto. Es más, es posible que si hubiera publicado esa obra antes de la concesión del Nobel se habría quedado sin esa distinción. Y todo por hablar de sí mismo. Que por otro lado es lo que ha hecho siempre y lo que hacen la mayoría de escritores. Toda su bibliografía no es más que un interesante monólogo consigo mismo y los hombres y las mujeres y los niños y los pájaros y los sueños que fue en el pasado. De la primera hasta la última de sus obras comparten ese canon. Pero, claro, ahora ha nombrado a la bicha. Dice, que, cuando niño, perteneció a las juventudes hitlerianas, y claro, eso no se le puede perdonar a un viejo, que una vez fue niño, o siempre fue niño, o siempre fue viejo, y que, como todo niño, o todo viejo, anduvo a tientas por la vida, explorando todos los caminos, recorriendo cuantas veredas encontró a su paso, queriendo localizar, con la fuerza de los infantiles o seniles sueños, ese no sé qué, esa verdad hecha de mentiras en donde todos escudriñamos en busca de certezas.

-“No escriba sobre eso, no es interesante.” –me dice, mientras toca un tambor de hojalata y sobre el pandero de piel de cabra, boquea un rodaballo tan viejo como él con un ojo acecinado por el paso del tiempo.

-“Es un cuento largo esa historia, señor. –continúa-. En la vida hay que ir a paso de cangrejo porque, en caso contrario, se la pasará jugando al gato y el ratón, atravesando un desierto que le hará vivir años de perro y al final, se sentirá como un payaso en agosto. Escriba en el NOTE BOOK como si estuviera anotando en el diario de un caracol; no tenga prisa, ninguna prisa.” –remata, mientras le da una larga y reiterada chupada a la pipa, que deja en neblinas el local donde estamos, como si en su interior hubiera explotado un bote de humo.

Por entre la fumarada y abriendo caminos, como lo hizo siempre, a toque de marcha, Günter, en pantalón corto y calcetines hasta las rodillas, da tamborzazos hábiles con unos palillos hechos de ramas de olivo, flexibles y adaptadores como su inteligencia, hecha de instantes, de luces blancas y negras, dentro de cuyos extremos puede verse con nitidez el arco iris que supone la transformación del individuo desde el nacimiento hasta la vejez, hasta la expiración súbita que lo transporte nuevamente a lo que es, a lo que somos: Naturaleza.

Günter, en un movimiento repentino, impropio de su edad, y acompañado de un repiqueteo triunfal, enfila la puerta y se va camino de la Historia, de la memoria colectiva que es acuñada, ésta sí, con letras doradas, con laureles siempre verdes. Sus difamadores sin embargo, se van perdiendo en el camino, olvidados, personas sin nombre, sin obra alguna, excepto aquella que sustentaron en la efímera maledicencia y la altiva ignorancia, banalidades puestas al servicio del mejor postor, tierra infértil que, aún con abono, no podría dar más que pasto para el rebaño: el rebaño colectivo y ciego, aborregado y triste. Gente destinada al cadalso de la desmemoria.

¿Cómo no amar a estos sujetos como Günter que dedican su vida a estrujarse la sesera, en silencio, para luego ser despedazados por la insania de los críticos o por la inculta y analfabeta opinión pública? ¿Cómo no hacerlo?

VEINTISEIS

La verdad es que, aunque lo hubiera intentado, cosa que no hice dado el plan en que tenía los ojos, la cara y la testa en general, llena de encrestadas y lacerantes abolladuras..., tal que guardabarros de un taxi cubano que no encuentra material de repuesto en lado alguno, no hubiera podido saber a qué lugar me llevaban. En esos momentos, en que el coche que me transportaba - junto a los compis que había asignado el jefe para mi custodia, no sé por qué miedo ni hostias... que amenazaban al parecer sus intereses- cruzaba calles y avenidas que para mí eran iguales, idénticas en la forma, si acaso alguna difuminada luz más brillante en algunos sitios que en otros, yo sentía que mi cabeza, ese peso cada vez mayor que tenía sobre los hombros, era una cosa así como poliédrica, picuda y amercillada en algún lugar, llena de mataduras diversas, como las de un asno viejo aquejado de desnutrición y que, alguien había ordenado que se inflara como un globo de feria a base de sañudos manporrazos.

Cada segundo que transcurría en el anacrónico reloj que medía este tiempo de desgracias acumuladas y sobrevenidas, tenía más claro que, de un momento a otro, en todo caso no tardando mucho, escucharía un estruendo fallero, y mis ideas se desplegarían en el aire llenando de luces multicolores la noche, saliendo petardeadas con ruidos de feria por las ventanas abiertas del coche que me llevaba a no sé dónde. Tenía el convencimiento de que un ser desconocido y diabólico, dueño de las sombras y de sus secretas instituciones, enfadado por mi intromisión en un universo al que no pertenecía, había ordenado por si las moscas que se me aplicara un correctivo ejemplarizante para que nadie, nadie, procedente de otro mundo, de cualquier otro mundo de los existentes, viniera tan fresco, como al parecer debí llegar yo, a meter las narices o los ojos, que en este caso son miembros homologables para lo que se escribe, allí en dónde no había sido requerido.

Creo que los que me tienen secuestrado o llevan camino de ello, me catalogan de espía, o de alguien, en cualquier caso, que trabaja para otra organización que no aciertan a dilucidar pero que puede traerles consecuencias desconocidas y funestas, y por eso es mejor tenerme controlado o matarme ¡vete a saber!

No podía pensar en otra cosa excepto en que, no sé cómo, mi cerebro estaba enchufado, a través de alguna fisura hasta ahora ignorada por mí, a alguna máquina ideada por Mefistófeles, que al ciego de John Milton se le olvidó dictar –¿quién no olvida un poema, verdad, sobre todo si hay que memorizarlo de noche y recitarlo al día siguiente?- en *El paraíso perdido*, y ésta, estuviera insuflando de forma lenta pero sin interrupción alguna, el gas primigenio que dio origen al mundo, en el interior de mi abultada sesera y que, de puro apremio, no me quedaba más remedio que ir llenándome de ideas acabadas y demostrables, o, en su caso, inconclusas o superadas en rigor por el martillo depredador del tiempo y la experiencia, todas ellas ajenas a mi reglado aprendizaje..., hasta que, de puro hartazgo, la estructura que me conforma, no pudiendo soportar tanta presión contenida, estalle en mil pedazos iluminando la noche con el registro de los alicortos pensamientos compilados con anterioridad en mí, más los ahora añadidos a la fuerza, que quedarán por siempre esparcidos como enanas luciérnagas navegando por el cosmos *per secula seculorum*.

VEINTISIETE

Hasta ahora no me he dado cuenta de que, en un rincón de la sala en donde estoy recluido, hay una mirilla por donde me observan,

como si fuere un minúsculo microbio de esos que los investigadores colocan en el microscopio, para mirar con detenimiento y anotar, si es necesario, sus características diferenciales con el resto de seres ya catalogados, introduciendo sus datos en sesudos programas estadísticos con los que, luego, si aciertan, hacen que la humanidad de saltos cualitativos en el conocimiento bruto, que no específico de cada cual –ese que conocen cuatro o cinco sabios, más las multinacionales que los mantienen, y que luego convierten en oro líquido lo descubierto.

A mí esto me parece muy gracioso. Me siento como un mono, un ratón o una cobaya terapéuticos. A veces intento llevarles un poco de cocaína, pero los ojos que me observan se retiran prudentemente en cuanto hago un intento de acercamiento. No parecen muy sociales... mis científicos. No deben serlo.

De los ojos que se asoman, hay un par de ellos, rimelados y grandes, que confundo con los de Mabel. Pero debe ser una visión que nace del consumo exagerado, no tiene sentido otra cosa.

¿Qué habrá sido de las pertenencias que dejé en el hotel? ¿Seguirá Walt guardando mis enseres, enmaridándolos con poemas de versos blancos, atándolos con la seda dulce que nace de su verbo inconfundible y comprometido con el hombre? ¿Qué fue de la persona que salió de casa no hace mucho para intentar buscarse, o del hombre que era ayer o hace tan solo un rato? ¿Adónde fueron a parar semejantes armazones andantes?

Lo que puede afirmarse con total solvencia en lo dicho, es que siempre he sabido en qué lugar finalizará mi viaje. Por eso no tengo miedo. Pase lo que tenga que pasar en el tránsito, llegaré al mismo sitio... al que me está destinado, al mismo que llegarán mis captores y sus diabólicos amos: los señores del mundo.

Últimamente tengo problemas con las comas. Cortázar decía sobre ellas: *la coma, esa puerta giratoria del pensamiento*. Menos mal que, sean quienes fueren los que me retienen, me han dejado la bandolera que compré en Granada y que tan poco le gustaba a Paula -por cierto, en Dublín y con un amiguete, que no me he olvidado-, mi NOTE BOOK, mis pilots y mi lapicero con borra. Me paso el día quitando comas de aquí para ponerlas allá y luego volver a colocarlas aquí o en otro sitio no previsto, para acabar nada satisfecho con el resultado final. Una coma en un texto, genera una indecisión tan grande como la que produce una encrucijada de caminos vista por primera vez y que está por señalar: como todo futuro. Si la colocas en un sitio, tomas una vereda; si la quitas, asumes otra completamente diferente. Creo que ni un movimiento de ajedrez, con lo complicado que es ese juego, produce más

alternativas viables que las alteraciones posibles de una coma mal colocada. He decidido pelearme a muerte con ellas. Lucharé hasta la extenuación.

Hoy no me ha visitado nadie, al menos que yo sepa. Porque, pudiera darse el prodigio de que vengan a verme y yo esté dormido, o ensimismado, o simplemente a pesar de estar presentes yo no los vea. La próxima vez que venga alguien debo preguntar cómo se hace para salir a ver a los demás. Porque si ellos me visitan, alguna forma habrá para que yo pueda hacer lo mismo. A lo mejor puedo asistir a tertulias, sería interesante. Hablar de cosas conspicuas o banales me distraería. Aprendería cosas. Siempre es bueno entretenerse. Creo.

VEINTIOCHO

No he dicho que sufro una leve cojera, como Byron. En mi caso, por un trastazo que nos dimos al coger una curva cerrada en demasía, mi amigo Pablo -quien se perdió por las esquinas del tiempo y no he vuelto a ver- y yo, montados en una Vespa hace casi una eternidad y cuando circulábamos con la gandulería de los jóvenes de todas las épocas desde Soller a Deiá.

No teníamos edad para tener permiso de conducción, pero éramos lo suficientemente arriesgados para disponer entre unos pocos de un SEAT 600 y una Vespa; por supuesto, sin papeles de ningún tipo que hacía más emocionante la cosa. El lote costó, quiero recordar, 25000 pesetas. Un capitalito entonces, y más para nosotros que aún no habíamos cumplido edad propia para hacer esas cosas ni otras. Además, tuvimos la osadía de alquilar una vieja mansión, con piano y todo, que al parecer era o fue una propiedad del conde de Fornalutx, o, al menos, eso nos dijeron algunos lugareños... O lo imaginé, que todo puede ser.

Era una casona rodeada por una arboleda frondosa -¿castaños de indias?- que disponía entre otras particularidades de techos serigrafiados, cristaleras multicolores pegadas artísticamente con estaño, lámparas con lágrimas y chorreras, asientos de piedra con azulejos de Manacor en la terraza de entrada, y todo un sinfín de babiecas propias de ricos venidos a menos. Pero, lo verdaderamente interesante de aquella vivienda era que, por unanimidad de los que la alquilamos -una tropa de idealistas entre los diecisiete y los veinte años-, decidimos no cerrarla nunca, tirar las llaves al pozo del olvido. Es decir, soñadores como éramos, creamos un espacio libre a disposición de quienes lo desearan.

Decía Marañón, que *los grandes soñadores han tenido, por lo común, una infancia enfermiza. Lo que no puede hacer el niño enclenque con su ímpetu lo hace por la imaginación*, pero, yo creo que Gregorio, éste Gregorio, que no el Samsa, estaba equivocado, al menos en parte.

De esta forma tan quijotesca y cuando la voz se corrió por la isla, los que iban por la zona hacían uso del jardín, de todo lo que hubiera en casa e, incluso, cuando les parecía oportuno, se quedaban a dormir. A veces, cuando llegábamos Pablo y yo, o Pablo o yo, estaban todas las camas ocupadas y la única opción de dormir un poco era hacerse un hueco con alguien, hombre o mujer, que ya estuviera siendo acunado en las nubes algodonosas de Morfeo. Esto provocaba situaciones teatrales un punto cómicas. Como la de follar con alguien desconocido que nunca llegas a saber quién es, porque, cuando te despiertas, se ha marchado sin dejar rastro alguno, y, rezumando aún los vapores etílicos de lo ingerido el día anterior y el humo de la marihuana en su caso, no sabes si lo soñaste o fue cierto lo que vagamente recuerdas.

O, en caso de que estuviera en la cama o merodeando por la casa o el jardín, preguntar por el tal o la tal, y presentarse después de haber dormido juntos, que no deja de ser un asunto atrayente que genera vínculos especiales entre las personas, o eso pensábamos entonces nosotros, que es lo que importa. Había que hacer lo que a cada cual le apeteciera sin complicaciones previas ni posteriores.

El paso lento pero implacable del tiempo, luego, viene a romper todas esas ilusiones que se compartieron, y las responsabilidades asumidas de forma voluntaria o auspiciadas por la necesidad de cada cual, terminan por dejarlas en un bello recuerdo, amarrados como andamos a los compromisos de los que ya, aunque quisiéramos, no somos capaces o no podríamos desatar.

En la época que describo fue cuando me sobrevino lo de la cojera. Un día, Pablo y yo, decidimos ir a Deiá para conocer a Robert Graves, el erudito inglés autor entre otras obras famosas de *Yo, Claudio*, que vivía en esa época en dicho municipio y que allí la endiñara posteriormente en diciembre de 1985. Pero, no pudimos verlo, a pesar de que salimos decididos a no volver a casa hasta que consiguiéramos una entrevista con él. El resultado de nuestra excursión por los alrededores del Puig Maior, que había que atravesar para llegar a Deiá, tuvo como consecuencia una salida de vía con el corolario de una pierna escayolada para mí, además de varias magulladuras, y de una fractura en el cráneo para Pablo, por fortuna sin consecuencias.

La operación en el pie la realizó un coronel militar, supongo que cirujano, bajo de estatura pero decidido en sus menesteres, que tuvo que subirse a una tarima de madera –que debía haber diseñado ex profeso- porque no llegaba con la holgura suficiente a la mesa de operaciones.

Recuerdo bien al coronel, era patiocorto y cabezagrande y llevaba las tres estrellas de ocho puntas de su rango pinzadas sobre una cartulina roja prendida sobre una bata como azul, ese azul indeciso y leve que aún se sigue utilizando en los quirófanos.

Mientras yo observaba el círculo de focos que tenía sobre los ojos, que me obligaba a guiñarlos por la potente intensidad de sus luces artificiales nunca vistas, me anestesiaron, y la calma absoluta empezó a llegar de forma lenta pero arrebatadora.

Cuando ya el ensueño vencía la resistencia por saber qué cosas hacía conmigo el patiocorto, escuché una voz metálica procedente de la garganta del mismo, que decía:

-“¡Un serrucho, traedme un serrucho!”

Antes de rendirme al inducido y repentino sueño provocado por la sedación, me quedó claro, muy claro, que cuando volviera a la vigilia, si es que tal cosa ocurría, que yo tenía mis serias dudas, habría desaparecido de mi cuerpo el pie derecho y en su lugar habría un taco de madera o de goma o algún otro artefacto mecánico desconocido. ¡Un follón del carajo! Porque, el coronel hijo de su madre, cabezón y patiocorto como se dijo, me la iba a serrar por puñetera venganza contra el mundo por haber nacido tan pequeño y esmirriado, o, simplemente, porque le salía de los cojones o no le caían bien los andaluces, que todo era posible.

-“¿De dónde eres?” –me había preguntado al entrar.

-¡De Huelva, mi coronel! –le había contestado, con un susurro en la voz.

-Con que andaluz ¿no? –había dicho, con una mala hostia de esas propias de gente aviesa, y, no sé por qué extrañas asimilaciones yo me acordé del grupo *Jarcha*, de Carlos Cano, de Rafael Alberti y de Lorca, sobre todo de Lorca. En octubre del año 1975, en este país llamado España, con Franco aún vivo, aunque muerto, a punto de anunciarse su muerte... pero vivo, gracias al marqués de Villaverde y a otros salvapatrias según cuentan, un coronel, un señor coronel, médico para más INRI, era la hostia. La hostia o más. Así que, con esas credenciales personales e históricas, el tal individuo estaba más que legitimado para cortarme la pierna y hacer con ella lo que le saliera de su marcial gana.

Estamos hablando de la época en que todavía a los cardenales, a los jueces, a los procuradores de las Cortes y hasta a los

enterradores imagino, los nombraba el mismísimo generalísimo en persona, que para eso era el jefe, el puñetero jefe de ese constructo denominado España. El jefe de todas las Españas en todos sus ámbitos, aunque parezca una contradicción. ¿Qué hubiera dicho el dictador si por mor del diablo -que cerca de él debe andar en el Infierno luciferino y azufroso, y no en el Valle de los Caídos, ¡ay los caídos!-, hubiese conocido a Fraga, al que fuera uno de sus ministros, gobernando una Comunidad autónoma? Así, sin más ni más, a secas, sin vaselina, Fraga jefe de parte de la España indivisible, única e irrepetible, adalid de la moral cristiana, etcétera, etcétera... Paredón y se acabó. Porque, una cosa que es -y valga la reiteración- una, grande y libre, no tiene en esencia división alguna ¡es imposible! Pues si la tuvo ¡sí señor!

¡Qué sueño más plácido cuando te anestesian! Nunca lo olvidaré. Silencio absoluto. Paz. Solo sueño. Sueño que crea o recrea formas, palabras, emociones, sentimientos... sin dolor, sin estremecimientos, sin sobresaltos. Luz serena y plácida, eso es una operación.

A pesar de mis sospechas iniciales, al despertar, en una sala amplia donde yacían otros cincuenta individuos aquejados de patologías varias, lo primero que me pidió el cuerpo o la mente, o ambas cosas, fue tirar de la sábana que cubría mi pie derecho, para saber cuánto quedaba de la extremidad dañada y que yo vi hecha una mierda después del accidente.

Debo reconocer que me llevé una gran sorpresa al comprobar que cuatro de mis dedos se veían por la parte superior de la escayola, apoyada sobre una angarilla metálica y colgada de una polea que la situaba por encima de la cama.

Con no poco esfuerzo, me moví hasta el punto de visualizar también el meñique, que andaba enterrado en el yeso dado su escasa longitud. Caí exhausto por el esfuerzo, y me dormí de nuevo pensando que podría ser cojo, como Byron, pero no tendría que llevar un taco ni de madera ni de goma ni de hostias. Que ya es algo, por no decir mucho, cuando se tiene la edad que se ha dicho y la vida se percibe más a través de las formas que se nos presentan a la vista y no tanto por los contenidos.

Yo creo que el cabrón del paticorto pidió un serrucho para acojonarme, solo para eso, y que si vive, cosa que dudo dado el tiempo transcurrido, aún estará el angelito riéndose de aquel chaval asustado que le miraba con ojos de borreguillo antes del degüello.

Y aquí ando, cojeando, dando vueltas por mi celda, en redondo, hasta que me canso y escribo, o me acuesto, o tomo hasta caer

rendido y dormirme en cualquier lugar de este habitáculo que el destino me ha proporcionado.
Como cada cual, como todos.

VEINTINUEVE

Me había dado cuenta hacía unos días que, por no sé qué ocultas razones, hasta ahora solo me habían visitado hombres. Empezaba a pensar que en mis adentros, dormida como una culebra al sol a punto de soltar la camiseta vieja y salir reptando con otra nueva, se escondía cierta misoginia desconocida hasta ahora para mí. Pero no. Hoy, cuando he abierto los ojos, procedente de un sueño largo o corto, estaba sentada encima de unos sacos María Lejárraga.

A Lejárraga no la conoce casi nadie, es un fantasma de la literatura. Entre otras cosas porque las obras que escribió fueron -o debieron, no lo tengo claro- ser firmadas por su marido, por Gregorio Martínez Sierra, dada la escasa relevancia social que las mujeres tuvieron en su tiempo, aunque María, al final, llegara a ser diputada en el congreso en la época de la República, motivo por el cual tuvo que exiliarse como tantas otras personas con el golpe de Estado del Francisco Franco citado.

-“¿Y usted, caballero, qué clase de escritor es o pretende ser si no se habla con mujeres? ¿Qué le ocurre para que no haya dicho nada hasta ahora de Virginia Wolf, de Jane Austen, de Charlotte Brönte, de María Moliner, de Rosalía de Castro, de Concha Espina, de Fanny Burney, de Catherine Anne Porter, de Zelda Fitzgerald –a quien su propio marido le prohibió publicar y utilizaba su Diario como cosecha propia-, de Isabel Allende, Simone de Beauvoir, Olimpe de Gouges, entre otro montón de escritoras que me callo, por no avergonzarlo más? ¡Explíqueme, caballero, si puede usted hacerlo! –dijo de un tirón, mientras me incorporé de la cama sentándome en la misma, por respeto a semejante dama y sobre todo por el latigazo cierto que había hecho estallar sobre mi cerebro.
-“Yo, señora...”

-“¡Déjese de lamentos y lea las obras que han sido escritas desde que se inventó la imprenta para acá sin distinción de género! Porque, si no lo hace así, perderá usted la visión de la mitad del mundo. Si alguien que, como usted, en este tiempo que vive, o malvive, que eso tampoco se escoge, hace tal cosa, no merece ser llamado escritor y mucho menos lector. ¿Me oye?”

-¡Sí, claro que sí...!

-“Sin embargo, he tenido que venir, enviada por una representación de mujeres, a recordarle algo que usted, de forma inconsciente o a

sabiendas, estaba mutilando comportándose como un aberrante y alicorto machista de pacotilla.

>> ¿No le parece inadecuada la historia que está ideando haciendo caso omiso al valor creativo de las mujeres?

>> ¿No le parece, señor?”

¡Mire usted, yo...!

Pero, cuando miré para ella no había nadie ante mí. Lejárraga había desaparecido dejándome una ansiedad que me mantuvo todo el día desmadejado, exento de ideas. No obstante, antes de evaporarse, escuché como un eco rebotando por la periferia de mi cerebro, dando bandazos de un lado a otro como una pelota que se impulsa de forma reiterada sobre la pared de un frontón, lo siguiente: *“Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Una mujer te hace esa pregunta.”*

Pero, la voz, la voz que resonaba sin apagarse, dando tumbos por entre mis neuronas no era la de Lejárraga. Era de una mujer, sí, pero con acento francés.

¿Quién habrá escrito esa frase...? ¿Y cuándo? Habré de indagarlo cuando esté algo menos ebrio y disponga de un lugar en que pueda consultarlo.

TREINTA

La mujer desconocida que me ha lanzado la pregunta en el capítulo anterior ronda mis horas de encierro como una carga pesada de la que no puedo desprenderme. Recuerdo haber escrito en este cuaderno que “muchas personas nunca aceptarán haberse equivocado.” Pero, la franqueza que he querido darle a lo que aquí se escribe me impone una reflexión al respecto. Algo que se me hace hoy necesario tanto como respirar. Pienso que las personas que son incapaces de reconocer los errores adolecen de una absurda y mezquina posición que en vez de ensalzarlas las empequeñecen como individuos, como seres dotados de inteligencia. Su actitud las convierte en seres torpes, orgullosos, vanidosos, dignos de lástima o, en su caso, de merecer la repulsa y denuncia más claras: el descubrimiento público –el escarnio, tal vez-, de sus maquiavélicas posiciones.

Hegel decía que *hay quienes se equivocan por temor a equivocarse*. También hay personas, según Goethe, que responden al prototipo de las que *no se equivocan porque nunca hacen nada, o porque no se proponen nada razonable*.

Diderot, con o sin conocimiento de lo anterior, suavizaba el asunto matizando lo siguiente: *hay personas que se equivocan pero actúan*

de buena fe; éstas, según el escritor, son dignas de compasión nunca de castigo.

Pero todo esto de que hablo no es más que literatura, la vida es otra cosa, repiten sin cesar los maniqueos que, como es sabido, tienen una respuesta positiva y otra negativa para cada asunto, y así aciertan siempre; pero han perdido el criterio, porque éste nunca puede ser ambivalente: un objeto y su contrario. Solo el espejo tiene esa cualidad, por eso siempre nos traiciona... nos sorprende. Los engaños, más tarde o más temprano siempre salen a flote, no pueden mantenerse de forma perpetua aunque algunos vivan exclusivamente de sostener la mentira circulando de forma reiterada y machacona, de tal forma, que no dejan ver lo que se esconde tras sus dudosas empresas, esas que solo pretenden perpetuarse en el poder y dominar a los más incautos, a los más débiles. Así que, he de confesar que he leído a pocas escritoras. No hay razón alguna para ello, pero es la verdad. Quizá el mercado del libro las haya tenido o las tenga relegadas. ¿Tiene una mujer hoy, por mera cuestión de género, más problemas para editar que un hombre? Pues, siendo sincero, debo decir que pienso que sí, que depende de en qué lugar haya nacido. Hay países en los que la mujer aún no ha alcanzado las cotas de libertad suficientes como para reivindicarse en derechos como el hombre. En muchos lugares, en muchos sitios, incluso en los países llamados desarrollados... en el interior de las viviendas, allí donde no se ve lo que se hace, hay una solapada -y a veces no tanto- represión que evita el desarrollo en igualdad. Pero, ¿por qué cojones escribo de esto?

No será que me avergüenzo de reconocer que he leído poca literatura escrita por mujeres y deseo, en un intento absurdo, justificar mi torpeza, la que me ha inoculado el aprendizaje y el poco interés mostrado por mi parte ante esta grave ausencia en mis lecturas a lo largo del tiempo. No sé. Pero Lejárraga llevaba razón al llamarme la atención. Debo dársela.

TREINTIUNO

He decidido convocar a las musas, esas divinidades que presiden las creaciones del ser humano y que vigilan la elevación de la persona en materias como las artes y las ciencias. Hay quienes dicen que las nueve musas son hijas de Urano y de Gea. Yo prefiero pensar que son el fruto de nueve noches de amor consecutivas entre Júpiter y Mnemósine.

Ellas hacen desde el inicio del tiempo de secretarías en la Asamblea de los dioses. Su trabajo consiste en aportar espíritu de

elevación y constancia a los creadores en las tareas de reconstrucción o de recreación de los mundos existentes, que son infinitos, además de llevar la contabilidad del número de dioses dados de alta o de baja, según caigan en desgracia o se rehabiliten a los ojos del pueblo.

¿Cuántos dioses habrá? Solo ellas lo saben. No obstante, podría afirmarse -si ellas, las concededoras de la contabilidad no lo niegan- que hay tantos como personas hayan nacido o puedan hacerlo en el futuro. No hay hombre o mujer que no sea un dios o una diosa y tenga sus propios fieles, sus acólitos, sus detractores y sus propios ritos bien diferenciados del resto.

Una de las grandes atrocidades cometidas en nombre de la ley y ese constructo social que denominan orden, consiste en la reiterada negación a admitir o que todos somos dioses o todos somos animales sin espíritu creador, lo cual es una barrabasada inaceptable. Por eso nos inculcan de forma insistente una letanía de frases sin sentido, tipo: *todas las personas son iguales ante la ley, dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, todos tenemos derecho a una vivienda digna, a una educación, a la libertad de expresión...* Luego, como bien sabemos, ninguna se cumple. Mentira. Todo mentira. Nadie sabe más de letras que ellas, que las musas.

Conocen todos los idiomas, todos los modismos, incluso las palabras que murieron y las que nacerán en el futuro y que designarán cosas ciertas. Lo de las academias –de las Artes, de la Ciencia, de la Literatura, de...- es un rollo patricio heredado de un mundo en donde la vanidad es el eje central de la vida.

Las que han cuidado desde siempre de la lengua son las musas, lo demás son pamplinas y aposturas de gente mediocre que se pelea por un sillón con letra de abecedario mayúscula o minúscula, le da igual.

Ellas, al ser hijas de la memoria, reúnen los ingredientes necesarios para ser las únicas guardianas de las palabras y de sus significados en cada momento histórico. Porque, las palabras como las personas también tienen vida y mutan en función de sus intereses o de la adecuación sobre los nuevos atributos conocidos o atribuibles a las cosas y las situaciones.

La que hizo de presentadora en ese mágico instante en que tuve que hacer de anfitrión de semejantes presencias, fue Calíope, no en vano representa a la elocuencia además de a la poesía épica.

-“Dolorido señor –dijo-, le presento a mis hermanas Clío, que domina la historia, Polimnia, que hace lo propio con la pantomima, Euterpe, madre de la música, Terpsícore, que lleva la poesía y la

danza en el cuerpo, Erato, experta en canto coral, Melpómene, que como ve por su máscara vigila la tragedia, Talía, que con sus dulces risas domina la comedia, y Urania, que hace avanzar el conocimiento en astronomía.

>>Hemos venido a insuflarle ánimo, era nuestro deber. Es lo que venimos haciendo desde que fuimos engendradas para estos menesteres. Aquellos que se olvidan de nosotras nunca podrán crear algo ni ser merecedores del favor de los Dioses.” –dijo, y luego se quedó en silencio como esperando algo, pero, a mí, desvalido como una gacela ante las fauces de un león africano no se me ocurrió o no pude decir nada, absorto como estaba ante estos prodigios que posiblemente nadie crea.

Calíope pareció entender mi silencio y, con un grácil gesto digno de la mejor diplomacia, indicó a sus hermanas que debían dejarme solo ante el NOTE BOOK, y fueron saliendo una a una de mi presencia como ectoplasmas que se evaporan en un espacio inexistente.

TREINTIDOS

La anfibología es una técnica que siempre ha sido propicia en el uso interesado de la confusión como herramienta necesaria para mantener las sutiles riendas del poder. Maquiavelo, Fouché y otros muchos, han hablado fuerte y claro de ellas en el campo politicoreligioso, pero nadie escucha sus alejadas voces instaladas en la nebulosa de la Historia.

El conocimiento putativo heredado de nuestros ancestros, nos hace movernos como tropismos que responden fielmente a los estímulos que se nos contagian por la sociedad en que nacemos y de ahí no salimos. Resulta imposible. Los que manejan el arte de la seducción y de la doble intencionalidad son capaces de asegurar una cosa y la contraria sin arrugar el labio. Son los oráculos de turno: Los que siempre existieron y existirán porque la voz de los amos habla por sus bocas sedientas. Las que todos reconocemos desde que nacemos, con diferentes rostros, con variables tonos... simulando que se adaptan a las nuevas necesidades... que son la salvación a nuestra míseras cuitas, esas que nos enredan en telarañas sin salida... las que nos llevan al suicidio individual o colectivo, la que nos asesina primero la palabra y luego el cuerpo, cansados de esperar soluciones, agarrados a la utopía de una salvación eterna inexistente, dejándonos morir exhaustos en el limbo de la inconcreción con todas las incógnitas por resolver.

El amo, el jefe, el presidente, el juez, el alcalde, el cura... diferentes nombres para una misma cosa: Oráculo, Goral, Pitonisa, Sibila, Bele-beri, Yoruba, Biagué, Orisha... Todos están en posesión de la verdad. Todos pronostican el mejor de los mundos posibles, en donde todo sucede para bien, tal como le dice una y otra vez a Cándido su tutor Pangloss en la obra de Voltaire. Somos tan optimistas como Cándido. Quizá mucho más que él porque ahora disponemos de múltiples herramientas para averiguar cómo nos engañan y el por qué lo hacen. Pero no queremos utilizarlas. Nos gusta vivir en la inopia. En un mundo prefijado en donde no hay posibilidad de disentir porque todo está escrito y estructurado.

¡Desgraciados, eso es lo que somos!

Si a alguno de esos dioses a los que adoramos, se le antojara decirnos que comiéndonos los pelos de los muertos, de nuestros otrora amados muertos, alcanzaríamos la inmortalidad y nos sentaríamos a la diestra o siniestra –nos daría igual- del padre o madre creador -¡vaya usted a saber!-, destaparíamos sin rubor alguno todos los nichos de los cementerios para ejercer algo que está dormido en nosotros, y que nos pertenece de forma consuetudinaria, aunque vistamos las sedas regias de la urbanidad y el civismo como elementos imprescindibles de nuestra educación: la antropofagia.

TREINTITRES

Hay quienes podrían pensar que he llegado hasta aquí, hasta este lugar en que resisto, hasta esta página del NOTE BOOK... por propia voluntad. Se equivocan.

Otros se inclinarían por afirmar que la culpa de mi actual situación la tienen Paula, mis hijos, Mabel, JANUMAN, Fernando el culturista, Nazarino, el jefe, el cateto o Estrella la Morente. También se equivocan.

Estoy aquí porque no he podido escoger otro mundo más que éste en que resido, lo cual no es fácil de explicar ni me entretendré en hacerlo. Quizá una buena aproximación a ello es la que manifiesta Peter Sloterdijk en *El mismo barco*, aunque no esté del todo de acuerdo en lo que dice: *...vivimos en un mundo mezquino y peligroso; como las antiguas hordas, los grupos humanos estaríamos sujetos desde el interior por un efecto invernadero emocional que nos amalgama convirtiéndonos en una especie de islas sociales.* Uno puede cambiar de isla, es cierto: es libre de hacerlo; pero, la retranca que nos acompaña hace inviable por no decir imposible nuestra integración social de pleno.

El desarraigo es el único sol que alumbra nuestros días más lúcidos, el resto de tiempo pertenece a la sombra, a la oscuridad más absoluta, al desconocimiento. Somos una rama cortada en donde, desde el nacimiento, se van tallando, por personas que nosotros no escogemos, caracteres imborrables que Mnemósine se encarga de guardar a buen recaudo. Porque, nosotros, todos, podremos tener la memoria breve, pero, ella no, ella guarda lo que cada cual es, no en una balda o estantería polvorienta sino en la limpia o sucia conciencia de nuestra memoria sin que lo aceptemos o sepamos. ¡En la nuestra! Y esa, nuestra conciencia, una vez que se manifiesta no puede ser rechazada aunque queramos. Podremos esquivarla, torearla si se quiere, pero no deshacernos de ella ni de las graves alteraciones que producirá en nuestro ánimo el haber decidido caminar a contracorriente. Tendremos que apechugar con las consecuencias de nuestros actos. Ser coherentes.

Por eso, el romper con las estructuras fijadas “para nuestro buen gobierno” nos deja un hálito de abandono, de orfandad si se desea, que es necesario remontar con una buena dosis de valentía y de suerte, porque todo y todos, estarán en nuestra contra. Se habrán convertido a nuestro pesar en enemigos irreconciliables.

Es cierto que a lo largo de nuestra vida sufrimos una conversión gradual con el paso de cada millonésima de segundo, ya lo dije. Dicha metamorfosis condicionará los actos que realizaremos en el futuro y también la percepción que tendremos de lo que nos rodea. Si ese cambio, sin embargo, se utiliza como instrumento de creación, de aprendizaje, como lo hicieron Ovidio, Apuleyo, la mitología griega en general, las heroínas de muchos cuentos tradicionales, la inmortal obra de Kafka, de Malraux y otros tantos, además de todas las obras de texto impresas para educarnos, solo supone aceptar con metáforas verdades parciales que ayuden al individuo en el tránsito necesario que está obligado a recorrer sin excesivos sobresaltos. Puras parábolas. Nada más.

Somos más pretérito que presente y que por supuesto futuro, aunque los científicos intenten de forma denodada mostrarnos lo contrario asombrándonos con conocimientos que solo ellos comprenden. El pegamento que nos aglutina está hecho de una resina cuyos ingredientes están aún por descubrir, pero que procede de la génesis de la vida, del magma primigenio.

Por eso, lo que ahora es cierto, lo que es indudable para mí y para todo el que sigue esta historia, es que una soldadesca de lo turbio, de lo oscuro, me tiene aquí encerrado sin poder entender muy bien para qué. Y yo no debo rebelarme contra natura. Ya no puedo

hacerlo. Aceptaré el devenir tal como deba ser, tal como me esté asignado.

TREINTICUATRO

He dicho que los individuos tenemos la memoria breve, pero, la humanidad, la memoria colectiva, teniendo en cuenta el tiempo que el ser humano lleva barriendo con los pies esta pelota en donde estamos asentados, es aún peor; posee una memoria ínfima, por no decir nula. La Historia colectiva es prácticamente de antes de ayer.

Según Eugenio Gallego, un especialista en estas cosas, la Historia no formaba parte de la enseñanza entre los griegos ni romanos e, incluso, tampoco en la propia Edad Media. Hasta la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII no hubo cátedras de Historia en las Universidades, señalando además que las *Centurias de Magdeburgo* es la primera historia colectiva de la Europa Moderna.

¿Y antes de eso sobre qué se escribió? ¿Por qué no interesó a los escritores o amanuenses de entonces hablar de Historia? Un misterio. Como tantos otros. Como el mío, aunque a nadie interese.

Hoy he tenido una visita inesperada. Aunque para mí todas lo son por igual ésta me ha cogido desprevenido. No la esperaba.

Estaba yo en mi mundo literario, pensando en creadores de variados tonos y diversos géneros y, no sé cómo, ha llegado de nuevo este individuo de nefasto recuerdo.

Quizá tenga algo que ver con la trama que se traen entre manos que no sé si coincide con la que se escribe.

Se ha presentado Nazarino. Solo. Con pantalón y chaqueta de lino. Repeinada de izquierda a derecha su cabezota para taparse la calva, y con la pistola a la vista, como siempre, como signo ineludible de su identidad.

-“¿Cómo está mi imbécil favorito?” –ha dicho, con la chulería propia que le caracteriza.

-“¡Bien, comisario, estoy bien!”

-“¿Tienes suficiente material o te falta de algo?” –ha continuado.

-“Bueno..., su compañero, que no sé cómo se llama, el que me infla a hostias cada vez que me ve, que más bien parece tenerla tomada conmigo... con el mundo entero, o consigo mismo, que será lo más probable, me dejó el otro día una nueva ración de polvo y de ron, no sin darme antes un par de guantazos, porque, dice, que no le gusta cómo está saliendo en lo que escribo. Así que... sí, tengo lo suficiente, señor.”

-“¡Bien..., bien...! –dijo, mientras se paseaba alrededor de la mesa en la que garabateo letras sin cesar; moviendo la mano como un

poseo al que le ponen a la vista una cruz hisopada con agua bendita o un manojo de ajos tiernos.

>>“¡Esto está hecho un estercolero!” –voceó.

–“Bueno... la verdad es que he limpiado poco, por no decir nada. Paso los días tomando, escribiendo o cabeceando, porque, dormir, lo que se dice dormir, lo hago poco.”

–“¡Ya...!”

–“Y a qué debo su visita, si puede saberse...”

–“¡Aquí las preguntas todavía las hago yo, gilipollas! ¿Te enteras...?” –dijo plantándose ante mí, abierto de piernas, como afianzando en la tierra su indiscutible autoridad y lanzándome una mirada retadora que aprendió, de seguro, a base de mucho entrenamiento mirándose en los espejos de todos los cuartos de baño por los que hizo transitar la cara de sapo y el cuerpo de apretada tortuga que tiene.

>>“Te voy a contar una historia a ver qué te parece. Ayer, por cuestiones que no te interesan, hablé con un compañero de Sevilla y me llevé una sorpresa muy muy grande...”

>> Al final, va a resultar que el señor idiota es más listo de lo que pensábamos y que el jefe va a tener razón. Se la va a llevar, sí señor, y eso no me gusta nada. ¡Na-da! –soltó de un tirón mientras me escrutaba como un patólogo debe hacerlo con un cadáver, identificándome cada músculo, cada miembro, cada poro...

>> Mi colega me contó que... hace veinticinco días, vein-ti-cin-co, encontraron a una mujer muerta en su casa de Sevilla. La mujer era peruana. ¿No te suena de nada?”

–“¡Pues no!”

–“¡Bien...! Continuemos, entonces. Esa chica vivía en un piso con dos amigas más que se dieron el piro cuando encontraron su cadáver, pero, la policía, ya las ha encontrado y están detenidas. Esas chicas manifestaron en comisaría que su amiga estuvo acompañada la noche anterior por un hombre al que desconocían y que se largó al amanecer. ¿Qué te parece el asunto?”

–Pues...

–¡Espera, espera...! Esa chica peruana... el día anterior, había realizado un viaje de negocios muy importante para cierta persona..., concretamente a un pueblo de Huelva, a Ayamonte, justo donde el río Guadiana divide las fronteras de España y Portugal. La organización para la que trabajaba, con objeto de burlar los controles, la había hecho viajar en autobús desde Ayamonte a Sevilla, pero, sin que ella lo supiera, estaba siendo vigilada. Se sabe también que, en un pueblo intermedio, alguien se sentó a su lado y, cuando llegaron a Sevilla, se fueron a cenar

juntos. Posteriormente, muy amartelados después del refrigerio, que fue opíparo, pantagruélico y bien regado con vino según tengo entendido, salieron del restaurante en dirección hasta su casa donde el vigilante la dejó en compañía de su amiguito. ¿Qué te parece?

-“¡No sé...!”

-“¡Vale! El caso es que he ordenado que se revisen las cintas de grabación de la estación de autobuses de Sevilla y la persona que le acompañaba cuando llegó, según el video que me han remitido por Internet, coincide exactamente contigo. O sea, que si no me equivoco, tú estás en un lío de cojones. A no ser, claro, que largues prontito y cantes la gallina porque por medio hay en juego la friolera de algo más de mil kilos de cocaína ¿comprendes? ¿Vas entendiendo?”

-“¡Pues sí que es un lío de cojones..., sí! ¡No sé cómo coño lo voy a arreglar!”

-“¡Mira! Te voy a dejar un rato tranquilo, para que pienses, y más tarde nos volvemos a ver ¡vale!” -de paso, antes de salir por no sé dónde, que yo no me entero por qué lugar entra y sale la gente de esta sala en la que estoy, cogió la bolsa de cocaína y poniéndola ante mis ojos, dijo: “Me llevo esto, te lo devolveré si te portas bien.”

-“¡Vale, jefe!” –he dicho, sabiendo como sé que no es más que un esbirro del verdadero jefe, que a su vez lo es de otro, que lo es de otro, y así hasta llegar a la cúspide ¡que váyase usted a saber en dónde está!

A lo mejor el hilo del ovillo, el cordón umbilical, el origen de todas las cosas, si se rastreara bien como lo haría un sabueso tras una perdiz a la que tiene bien enfilada, llegaría hasta el Vaticano, o a la CIA, o a cualquier Gobierno, o al Gobierno de todos los gobiernos.

¡Menudo lío!

TREINTICINCO

El hombre empieza por ver, luego oye, después habla y por último piensa...

“La creación pura”, 1921

Vicente Huidobro

La presencia de Nazarino ha sido un revulsivo, una bomba que ha estallado en mi cerebro y que amenaza con no dejar rastro de mí ni del NOTE BOOK. Su preocupación manifiesta me hace intuir que el peligro es más real que ficticio y que debo andarme con mucho ojo.

No sé cómo pero, debo darle un giro radical a los acontecimientos o moriré en el intento éste de ser escritor. Su conversación, dura en el fondo -aunque de forma cordial en la apariencia, ¡ya le conozco, le conozco bien a este Nazarino de los cojones!- no augura nada bueno.

Debo darme prisa en escribir y enmendar en lo posible los hechos descritos o se irá todo al garete. Su estampa achulada y barriobajera ha sido la gota que ha colmado el vaso –la tapa del pomo, que dirían los cubanos- de la indolencia en que estaba instalado en los últimos días, y me ha obligado a despertar en un mundo más allá del mundo que está en mí y solo en mí, y en donde no sé muy bien como defenderme todavía.

Debo edificar lo más rápido posible una estructura sólida, cimentada en argumentos creíbles, no solo para los hipotéticos lectores de este cuaderno, sino también y de forma especial, para los personajes incluidos en el mismo -antes de que lleguen a la rebelión y no consiga gobernarlos- que me permita una adecuada defensa ante las acusaciones de que estoy siendo objeto.

A estas alturas, en que estoy por finalizar el cuaderno, no voy a garrar el barco porque lo tengo bien anclado en el depósito de la memoria, donde lo dejó apilado Mnemósine, esa archivera incansable que no sé cómo puede estar en tantos lugares a la vez y no ser dios mismo. Quizá lo sea, quizá la memoria sea el único dios existente...

No obstante, sobre ella, sobre el recuerdo y sobre todo lo que existe, está la imaginación, ese inédito filme que rebasa todos los límites de la realidad para, de forma constante, y sañuda a veces, desconcertarnos con sus imágenes acuñadas en un proceso de búsqueda que las más de ellas nos hace avanzar sobre el mar revuelto de las dificultades sobrevenidas, y otras nos deja caer, como inmensas talegas de piedras en el abismo insondable de la locura y la incomprensión mutuas.

Debo procurar mantenerme por encima de ellos aunque, a veces, por necesidades del guión, me haya mezclado y convivido con los mismos. Pero, ¿eso cómo se hace? Cómo les explico ahora a esta panda de bárbaros que he creado, que no son más que personajes y que no tienen derecho alguno para tratarme en la forma en que lo están haciendo. Que les he permitido a voluntad propia -inmerso en un supuesto proceso de creación, que ahora parece pretender aniquilarme, que hicieran conmigo un montón de barbaridades, de las que adolezco de forma pasiva y casi sin protestar, aunque lleve sobre mi cuerpo los estigmas que su aguerrida y sin límite bestialidad han dejado de forma evidente.

Debo agarrarme a la frase de Huidobro:

Ver, ya veo.

Oír, ya oigo.

Hablar, no lo hago, solo escribo, dialogo con ellos a base de letras impresas, pero, ¿es lo mismo?

Y *pensar*, que es el último paso según el chileno, no sé si estoy capacitado para ello, la verdad; mi psiquiatra al menos se empecina en mantenerme bajo tratamiento, aunque yo lo haya dejado hace un mes, justo el tiempo que Paula lleva en Dublín con su amigo.

Así que, creo que con cierta premura debo hablar con ellos para llegar a un entendimiento y si no fuera posible, en última instancia y como única tabla de salvación, debo pensar en cómo parar su estrategia.

En todo caso, si no es posible el arreglo, tendré que destruirlos, demolerlos a todos como si no hubieran tenido vida en la vida.

Está claro que no deben mezclarse la realidad y la ficción en forma alguna, porque, de ese engarce nada aconsejable, a la vista está, nacen monstruos que se rigen por leyes desconocidas y cuyos antídotos aún no han sido descubiertos.

¿Ante quién o quiénes ha de protestar uno? ¡A ver! Qué institución ha de realizar tareas de mediadora, parcial e independiente, en estos supuestos.

Lo que yo necesito ahora, en estos instantes, es una goleta que pueda hinchar las velas del subconsciente dormido y poner rumbo hacia cualquier otro lugar o, al menos, intentar navegar como un perdido Odiseo aunque no encuentre isla alguna en donde me esperen, porque, eso, al fin y al cabo, poco o nada importa.

Buscar el tranco sereno y continuo del andar machadiano, sin mirar atrás, y abrir en el pensamiento un abanico de caminos del que escoger uno, da igual, para que esta pequeña historia que se desarrolla, se cierre y si te vi no me acuerdo.

TREINTISEIS

Debo reconocer que estoy perdido. Nada nuevo para mí. Siempre lo estuve. Nunca brújula alguna guió los inciertos pasos y sin huella que voy dando en mis tumbos por el mundo. Ni el más experto furtivo podría rastrearlos. Por tanto, nadie me encontrará jamás. Es imposible.

Si no hay génesis no hay estadías ni parada final. No hay nada. Soy, como todo, un conglomerado químico que se deteriora para formar otra cosa que en nada se parecerá a mí al igual que yo no puedo saber en qué cosas estuve contenido en el pasado. Un diminuto

esqueje de polvo interestelar en perpetuo tránsito. Eso soy. Sería absurdo pedir ayuda y que un persona experta llevara las riendas de los caballos desbocados que me arrastran. ¿Para qué hacerlo, entonces?

Hoy está lloviendo en mi alma... Un orvallo, tenue y cadencioso, se precipita uniforme sobre el lugar en que estoy encarcelado. ¡Pero si es verano! No importa. ¡Es así! Nada es imposible para un creador. Algunas costras purulentas de las heridas que me hiciera el cateto empiezan a caer hartas de estar pegadas a mi piel, atraídas por la gravitación que la Tierra ejerce sobre las cosas.

He llegado a comprender que el lugar en que me tienen reducido es más grande de lo que en inicio parecía. Al principio era como una mazmorra en forma de útero donde me alimentaba sólo de líquidos. Con el tiempo se fue agrandando permitiéndome visualizar un espacio algo mayor. Pero, me temo, que este lugar al que he llegado ahora es mucho mucho más grande de lo que jamás pude suponer, y además, no hay salida posible para los que como yo, ponen en duda toda verdad, cualquier certeza.

¿Por qué esta percepción ahora y no antes? No lo sé.

Yo sigo por aquí... arrastrando el cuerpo que me sostiene, intentando saber quiénes componen este cada vez más abigarrado cúmulo de personas que me visitan o que habitan en mí, y también, qué coño de lugar es éste en el que me han introducido sin mi aquiescencia.

¿Cómo he querido pretender entender lo que es la vida? Porque, buscarse a sí mismo es darse una explicación racional de lo que nos rodea; aquello de las circunstancias que decía Ortega. ¿Qué es una vida, entonces? ¿Qué es la vida de una persona o de una sociedad, si se quiere, incluso de un mundo, sino una forma de interpretar lo aprehensible, que es más bien poco o nada?

¿Y para esto hay que engallar tanto el pecho? ¿Para esto hay que hundir en la miseria a cuantas personas se puedan? ¿Sólo y exclusivamente para que nos vean las plumas de colores que adornan nuestra vestimenta y digan: ¡Míralo, ahí va tal o cuál!?

¡Vaya mierda!

En fin, no me fío nada del jefe, del Nazarino y mucho menos del cateto, esos ingobernables seres que han crecido a la luz de este texto, pero no estoy dispuesto a que me maten ni a que me sometan a más tormentos.

Sólo me queda una página. Además, Paula, mi mujer, acaba de llegar de su viajecito con su amante y están sentados en el salón, en el piso de abajo, deseosos de contarme sus aventuras por Irlanda. Me han traído algunas cosas de Dublín. Un detalle. Así que,

sin que nadie se entere, voy a matar ahora mismo a todos los incluidos en la lista de personajes de este cuento, incluso mataré al narrador, la única idea que tenía clara desde que inicié este diserto. Acabo de arrancar la última hoja del NOTE BOOK, la que está en blanco, por lo que el trabajo lo doy por hecho.

Voy a bajar a pegarle un tiro a ambos. No quiero oír ni a Paula ni a su amante, no quiero atormentarme con sus secretos, no puedo.

Ya está hecho.

Ahora, justo cuando coloque el punto final después de esta frase, me descerrajaré un tiro en la sien. Sea, pues, el NOTE BOOK, señor Juez, es lo cierto.....

FIN

Paco Huelva

Octubre de 2014